

Francisco Contreras Molina

María, belleza de Dios y madre nuestra

Comentario literario-teológico
a los más hermosos poemas
marianos del siglo XX



EDITORIAL VERBO DIVINO

Avda. de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra)

2004

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
Internet: <http://www.verbodivino.es>
E-mail: evd@verbodivino.es

© Francisco Contreras Molina © Editorial Verbo Divino, 2004. *Printed in Spain* • Impresión: Gráficas Lizarra, Villatuerta (Navarra).
Depósito legal: NA 943-2004
ISBN: 84-8169-621-8

*Este libro está dedicado a la memoria
del papa Pablo VI.*

*Él supo hablarnos de la belleza de María
y nos invitó a transitar por el camino
de la belleza (via pulchritudinis) para
encontrarnos con Dios, quien derramó en
María, a manos llenas, toda la gracia y
hermosura que puede albergar el corazón
humano. Y la hizo madre de su Hijo,
y también madre nuestra.*

Con gratitud y afecto.

Comentario al icono de la Virgen de Vladimir

Si existe alguna imagen que pueda representar por medio del arte la sobrenatural belleza de María es, sin duda, el icono de Vladimir o Virgen de la ternura.

No se le ha dado a la humanidad ninguna pintura de María más sublime, ni se puede encontrar nada semejante que la supere sobre esta tierra.

Contemplamos absortos el misterio de María, al mismo tiempo virgen y madre de Dios.

Dios Trinidad es el origen y artífice de tanta belleza. Sólo él la crea hermosa.

María aparece unida a su Hijo, a quien sostiene y levanta, en un abrazo entrañable.

No está ausente de nosotros. María nos mira con sus ojos inmensos, como sólo las madres saben hacerlo, con esa mezcla de desvelo y de ternura...

Mirándonos, nos dice a cada uno de nosotros: «A mi Hijo Jesús lo tengo en mi regazo, junto a mi corazón; está aquí, conmigo. Tú, hijo mío, ¿dónde estás?».

Queremos invocarla con las últimas palabras de la tradicional Salve, pidiéndole:

*Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos
y, después de este destierro, muéstranos a Jesús,
fruto bendito de tu vientre.
¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!*

Por eso, su icono aparece en la portada del libro, pues ella es la puerta que nos abre a la suprema belleza de Dios.

Este libro quiere contemplar los rasgos de su hermosura como mujer virgen, Madre de Dios y nuestra, tal como la han retratado las estrofas y versos de los mejores poemas españoles del siglo XX.

1. Historia del icono

Recordar brevemente la historia de este icono constituye una elocuente glosa de su título. La Virgen *Hodigitria*, o *la que muestra el camino*, ha hecho honor a su nombre; no ha dejado de caminar de una parte a otra, obligada por diversos avatares. Como si el icono no fuese sino un símbolo fiel de todo discípulo de Jesús, que debe huir de ciudad en ciudad a causa de la persecución, cumpliendo así la palabra del Evangelio (Mt 9,23).

El icono fue pintado por un artista griego y pertenece al arte bizantino de la época macedonia. El cuadro fue donado como generoso regalo de la Iglesia de Constantinopla a la hermana Iglesia de Rusia, hacia 1113. Desde ese momento, cada movimiento del icono ha sido registrado puntualmente. Permaneció en Kiev hasta que la ciudad fue destruida por la Horda Dorada. En 1155 fue transportado desde Kiev hacia el norte de Rusia, a Vladimir (de ahí el nombre por el que se le conoce habitualmente). Es célebre por sus intervenciones milagrosas; ha salido indemne de muchos incendios e intentos de destrucción por parte de los tártaros. En 1395 fue llevado, por fin, a Moscú. Ha estado presente en todos los acontecimientos importantes de la nación, como un verdadero tesoro sagrado de la gran madre rusa.

Actualmente, el icono se encuentra en el Museo Tretyakov de Moscú.

No hay nada comparable a su visión *in situ*. Afirman quienes han tenido esa fortuna que su contemplación es un anticipo del cielo y que jamás podrán olvidar la hondura de esos ojos de María.

En una ocasión reciente fue sacado, durante la crisis nacional de 1993, por el patriarca de la Iglesia ortodoxa rusa Alexei para bendecir la ciudad.

2. Visión de conjunto

En esta imagen confluyen dos tipos iconográficos: *Hodigitria* y *Eleusa*.

Conforme al modelo pictórico *Hodigitria*, María es representada en posición frontal. Con un brazo sostiene a Jesús y con el otro le señala indicando gráficamente con su gesto: «Él es el camino». El significado de la palabra griega *Hodigitria* es «la que muestra el camino». La Virgen *Hodigitria* es considerada patrona de los artistas de iconos.

El acento del gesto de María recae, pues, directamente sobre Jesús, a quien se dirige, recalcando su divinidad. Los fieles suelen rezar delante de su imagen una estrofa extraída del oficio votivo de la Virgen: «Enmudezcan los labios de los impíos, que no se postran ante tu venerada imagen *Hodigitria*, pintada por el santo apóstol Lucas»¹.

El otro tipo es *Eleusa*. Esta palabra griega –adjetivo proveniente del verbo *eleoo*– significa «la tierna, compasiva, misericordiosa». Este icono pone de relieve el afecto que une a la madre y al hijo: ternura recíproca, proximidad de la mutua presencia, subrayando la humanidad de Jesús.

También este modelo pictórico *Eleusa* se atribuye a san Lucas. Dos iglesias de Constantinopla le estaban consagradas.

Nuestro icono ha fundido genialmente la tipología de ambos modelos. Une la humanidad de Jesús con su divinidad; la maternidad de María, que adora a su Hijo, con el tierno cariño que le profesa.

El pintor ha realizado un doble prodigio. Ha creado una obra de arte insuperable –como es unánimemente considerado por la Iglesia rusa– y ha hecho una elocuente pieza que constituye toda una ofrenda de nuestra profesión de fe. La imagen invita a todo creyente que la contempla a adorar a Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, nacido de María Virgen.

Incluso en el Museo Tretyakov, en donde hoy día se encuentra, es frecuente el espectáculo de personas orando, de

¹ Texto tomado del oficio *Paraklisis*, cf. *Horologion*, Roma 1937, 919.

pie o de rodillas, ante la venerada imagen, que tanto ha padecido en su peregrinación².

3. La belleza espiritual de María y el Niño

La composición posee forma de triángulo –enmarcado por las figuras de María y el Niño–, que se dibuja sobre un rectángulo. El vértice del triángulo lo ocupa la cabeza de la Virgen, y los dos lados lo forman la caída de sus hombros; la base está ocupada por la presencia conjunta del Niño con la Madre.

El símbolo es claramente alusivo: posee su explicación, que nos viene dada conforme a la convención de los iconos. Quiere decirse que la Trinidad está presente y actúa. Toda la belleza de María se explica como una participación en la gracia de Dios Trino y Uno.

Nos quedamos literalmente asombrados ante la hermosura de la Virgen. Un profundo texto de G. Palamas describe, como esclarecedor comentario, su sin par prodigio:

Queriendo crear una imagen de la belleza absoluta y manifestar claramente a los ángeles y a los hombres el poder de su arte, Dios ha hecho verdaderamente a María toda bella. Ha reunido en ella las bellezas particulares distribuidas a las otras criaturas y la ha constituido común ornamento de todos los seres visibles e invisibles; o mejor, ha hecho de ella una síntesis de todas las perfecciones divinas, angélicas y humanas, una belleza sublime que embellece los dos mundos, que se eleva sobre la tierra hasta el cielo y que sobrepasa incluso este último³.

Se ha afirmado por parte de uno de los mejores conocedores del mundo de los iconos:

Nuestro icono representa una de las cumbres del arte iconográfico por su sublime perfección y por una tal pureza de estilo que no se puede imaginar nada que pueda sobrepasarlo⁴.

Nos llama la atención el tratamiento aplicado tanto a la Madre como al Niño. La Virgen se encuentra en el polo

² Cf. J. Forest, *Orar con los iconos*, Santander 2002, 144.

³ *In Dormitionem*; PG 151, 468ab.

⁴ P. Evdokimov, *L'art de l'icône. Théologie de la beauté*, París 1972, 221.

opuesto del tipo de Virgen preconizado por nuestro arte occidental, que tanto insiste en el realismo anatómico, y acentúa la belleza terrestre por medio de la exhibición de facciones muy acusadas de humanidad. Esta Virgen, en cambio, aparece provista de rasgos espirituales, aunque no descarnados; representa ya una criatura totalmente deificada, investida de majestad y de una humanidad enaltecida. Al mismo tiempo, el Niño no refleja ciertamente la imagen del *Bambino Gesù*, de dulce mirada y cuerpo «chiquito» que suele acompañar con su ingenuidad a la *Madonna*.

No sabemos el nombre del autor. El icono no recoge su firma. En realidad, ningún icono lo hace; el nombre queda diluido en la obra: el personaje se funde entre las líneas y colores, formando parte intrínseca ya de la representación. Sólo aparecen unas pocas letras, milagrosamente legibles en medio del evidente deterioro de las manchas rojizas y amarillas del contorno.

Las letras superiores están a ambos lados de la cabeza de la Virgen. Son las iniciales de dos palabras: *Meter Theou*, a saber, *Madre de Dios*. Es el título principal de María y la fuente de todos sus privilegios, la causa de su belleza. Para hacerla digna Madre de su Hijo, el Padre la ha colmado de toda gracia y hermosura.

Ser Madre de Dios, tal como la declaró el Concilio de Éfeso, es la más sublime diadema que puede portar María.

Las otras letras se sitúan junto a la cabeza del Niño. Leemos las letras primeras de la expresión *Iesous Khristos*: Jesucristo. Es un título neotestamentario y litúrgico y hace referencia no ya a un niño pequeño, sino a quien ha realizado el misterio íntegro de su vida, el que ha muerto y resucitado. La Iglesia así lo confiesa en su fe y adoración.

4. Contemplación de los primeros planos

4.1. *María*

María está recogida por un manto: el famoso *maphorion*, una especie de velo, que le cubre la cabeza y los hombros. El *maphorion* es la prenda que se ve con mayor frecuencia en los iconos de la Virgen. Está ornado, como en este caso,

por galones o franjas de oro a manera de dorados colgantes bajo los hombros. Su cabeza está rodeada por un velo (*Pokrov*). Una cenefa dorada circunvala su rostro, destacándolo. En la tradición oriental se cree que el *maphorion* era una de las reliquias que había dejado la Virgen en la tierra. Fue llevado desde Jerusalén, custodiado y venerado en el santuario más célebre de Constantinopla, el santuario de las Blanquernas.

Hay tres estrellas. Dos son visibles: brillan en su frente y en su hombro. La otra se encuentra tapada por la presencia del Niño. Las estrellas son el signo dogmático de su virginidad perpetua⁵. Son tres estrellas que acentúan los tres momentos de su virginidad. María fue virgen antes del parto, durante el parto y después del parto de Jesús.

También son una señal evocadora de la Santísima Trinidad. Una representa al Padre, otra al Espíritu, y la que no se ve –porque la oculta el cuerpo del Niño– es Jesucristo. Aunque en realidad no la tapa, pues él mismo es una estrella. Así lo declara en el libro del Apocalipsis: «Yo soy la estrella radiante de la mañana» (Ap 22,16).

Nos llama la atención de forma muy poderosa la cabeza de María. Nos atrae. Nos reclama: está pletórica de misteriosa hermosura. Veamos de cerca sus facciones: el rostro es alargado, su nariz larga y prominente, la boca delgada y pequeña. El lector puede comprobar que estos rasgos no están de acuerdo con el canon de belleza de nuestra cultura occidental: la nariz aguda y aguileña de María, esa boca tan exigua...

La cabeza se concentra en su rostro. Pero éste es algo más que la suma de sus facciones. Suele decirse que es el espejo del alma. En este rostro se refleja la hermosura de Dios. Un lago limpio refleja el cielo. María es lago limpio a los ojos de Dios. Como un lago reverbera la luz y el cielo, así María refleja el cielo luminoso de Dios.

María es hermosa porque Dios así la ha hecho. Pero su belleza no perturba, sino que pacífica; no es deslumbrante, sino recatada. Quien contempla el icono tiene que rendirse a esta evidencia y consentir en esta belleza interior, que le brota

⁵ P. Evdokimov, *L'art de l'icône. Théologie de la beauté...*, 220.

desde dentro, desde lo más hondo de su alma, habitada por Dios. Como un espejo sin manchas o un lago sereno, así es el rostro de María.

No vemos un rostro solo, sino acompañado junto a otro; son dos caras unidas, la de una madre y su hijo; se dan calor, se contagian de amor («El niño mira a su madre / con los ojillos del alma...»).

Más adelante contemplaremos despacio el milagro de esos dos rostros juntos. Ahora seguimos atendiendo al rostro de María.

En su cara destacan sus dos ojos: inmensos, rasgados, palpitantes de vida. En el vestido o manto de María hay dos estrellas. Podemos afirmar –o evocar– que esas dos estrellas se han cuajado en los ojos de María, que las auténticas estrellas son sus ojos. La nota dominante emergente del rostro de María y que se impone a quien lo contempla es la paz serena de esos misteriosos ojos.

Inmediatamente percibimos que estos ojos nos miran. Desde el primer momento nos están contemplando. ¿Qué dicen estos ojos silentes? No están mudos. No son dos piezas gélidas de negro carbón o azabache; comunican, conversan con nosotros. Como son tan hondos, nos hablan desde la profundidad y se dirigen a nuestra alma. Nos hablan de la infinita belleza divina. Dios ha mirado a María y la ha hecho hermosa.

Los poetas suelen decir que los ojos son como dos pozos. En ellos se refleja el cielo estrellado. El cielo que es firmamento. Un firmamento algo inquebrantable y que permanece para siempre: la ternura infinita. Dios ha concentrado la compasión de su mirada en esos dos ojos de María. Por eso el icono es llamado con acierto «la Virgen de la ternura».

Son ojos de alguien que ha sufrido, manifiestan una pena incontenible: la propia de la Virgen del Viernes Santo, que ha asistido a la pasión de su Hijo y lo ha contemplado moribundo y muerto en la cruz. Esa mirada está acrisolada por el sufrimiento. Se sabe que este icono procesionaba por las calles de Moscú en la tarde del Viernes Santo. Como la Virgen ha pasado por la prueba del dolor y conoce el tamaño y la dureza de la espada, que le profetizó Simeón, y que le ha atra-

vesado el alma, puede mirar con misericordia nuestra propia pena. Es experta y maestra: sabe de dolores. Es toda ella madre compasiva. Sus ojos muestran una densa aflicción. ¿Cómo no dejarse mirar, acompañar y consolar por esos ojos misericordiosos de María, nuestra Madre?

H. J. M. Nouwen también contempló arrebatado este icono, y quedó prendado –él mismo lo confiesa– de los ojos de María. Escribió con acierto: «Sus ojos miran a la vez hacia dentro y hacia afuera. Hacia dentro miran al corazón de Dios y hacia afuera al corazón del mundo... Los ojos de la Virgen no son curiosos, investigadores, ni siquiera comprensivos: sus ojos nos revelan nuestro propio ser»⁶. Nos invitan a acercarnos a Jesús.

Mas sus ojos se alargan. Obsérvese qué prolongado es el arco de las cejas y qué dilatada su pupila. Quieren mirar a todos sus hijos, sin que ninguno solo se extravíe por los oscuros rincones.

Estos ojos nos hablan también con sus manos, se prolongan en sus dos manos.

La mano derecha sostiene a Jesús. Pero si uno se fija con atención, más que sostenerlo, lo que hace la Virgen es auparlo. Su mano derecha –abierta desde el pulgar hasta los otros cuatro dedos, en forma de cuna– es como un trono para que su Hijo se asiente. María es, en efecto, trono de la Sabiduría. En ella reposa y descansa su Hijo, la Sabiduría de Dios.

Lleva a su Hijo como un estandarte de gloria, lo porta como quien carga ufano un trofeo. El orgullo de una madre es su hijo. Para María no existe más gloria que Jesús, su Hijo. Por eso lo alza como un triunfo. María enarbola el tesoro de su Hijo, que es su bandera de victoria.

También su mano se asemeja a un cáliz, debido a la forma que adopta y a la abertura con que se dilata. María es un cáliz completo para su Hijo: en donde ha fermentado el mejor vino, donde se consagra el vino alegre y amargo de la pasión de su Hijo, y que ella ahora ofrece como bebida que da la vida eterna a toda la humanidad.

⁶ Henri J. M. Nouwen, *La belleza del Señor. Rezar con los iconos*, Madrid 1988, 38.42

Con la mano izquierda señala. Los cinco dedos como cinco flechas apuntan hacia su Hijo. Esta mano ocupa el centro del icono. María no es sino una flecha lanzada hacia el blanco de Jesús. Es su dirección personal. María nos devuelve a su Hijo. Nos dice que después de mirarla a ella, y ver en ella el primor de la gracia de Dios, es preciso mirar a su Hijo. Con este gesto reproduce lo que hizo en Caná y no ha dejado de realizar, señalar a Jesús: «Lo que él os diga, eso haced» (Jn 2,5). Representa la esencial función que desempeña en la historia de la salvación: ser mediadora entre la humanidad y su Hijo.

Esta mano ocupa el centro del icono y expresa su mensaje. María proclama la grandeza del Señor y exulta en Dios (Lc 1,46). Toda ella es una invitación, ¡tan discreta!, sin forzar ni violentar nunca –tal como suelen hacer las madres– para que nos acerquemos a su Hijo.

María siempre remite a Jesús. Desde que Dios la creó sin mancha, porque iba ser la madre de su Hijo, hasta ahora que está en el cielo, velando por los hermanos de su Hijo, no ha dejado nunca de mirar al Hijo de su corazón: Jesús. Ella es discípula de su Hijo: lo sigue como a su Maestro, lo adora como a Dios, lo quiere como a Hijo. Toda su existencia no tiene sentido sino en Jesús. Por eso lo señala y destaca. Observe el lector qué delicadeza en la mano de María, mostrando a su Hijo.

4.2. El Niño o el prodigio del icono

¿Quién aparece en el regazo de María? A primera vista, se trata del Niño Jesús. En efecto, en sintonía con toda la tradición evangélica y pictórica, hay que afirmar que es Jesús, su Hijo. María lo lleva entre sus brazos. ¿Cómo iba a decirse de otra manera, cuando existe toda una maravillosa pléyade del arte religioso que puebla nuestras iglesias y santuarios? ¡Tantos cuadros con la Virgen y el Niño nos contemplan!

Pero observamos en este niño una sorprendente metamorfosis. Su figura no es la habitual de un niño pequeño. Sus proporciones se encumbran. Adquiere una magnitud insospechada. A semeja una figura imponente. Parece una columna o una roca dorada, o una inmensa llama de fuego. Es decididamente

alguien grande. En el arte del icono, la figura del niño se transfigura en la de Jesús adulto. Sus vestiduras no son los acostumbrados pañales de un niño, sino que porta una túnica (*hymation*) dorada, propia de un sumo sacerdote. También lleva cinturón de oro en su talle. El libro del Apocalipsis aplica esta típica indumentaria a Cristo, como sumo sacerdote (Ap 1,13).

El niño no se queda convertido en un perpetuo infante, sino que representa a Jesús, que crece, se desarrolla y pasa por la vida haciendo bien, que muere y resucita. Ahora lo vemos convertido en Señor de la vida, Jesucristo, tal como leíamos en aquellas letras iniciales que aparecían junto a su cabeza.

Nosotros adoramos no a un niño, sino a Jesús muerto y resucitado, el que ha realizado su misterio pascual y que ahora vive gloriosamente.

Este niño es imagen del Padre, sugerida en esa columna dorada, esa inmensa mole a la que se asemeja el ancho cuerpo de Jesús. Él lo ha dicho: «Quien me ve a mí ve al Padre» (Jn 14,9).

Se cumple la palabra del profeta Isaías: «Nos ha nacido un niño, se nos ha dado un hijo que lleva sobre los hombros la soberanía, y que se llamará Consejero prudente, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de la paz» (Is 9,6). En ese niño descubrimos la presencia del Padre, que es Dios fuerte y Padre eterno.

Seguimos contemplando y caemos en la cuenta de la desproporción del cuello. Es una hinchazón exagerada. Una garganta inmensa. No parece convenirle a un niño pequeño. Se nos está hablando con el símbolo del Espíritu Santo, que es la garganta de Dios –al modo de una bella sinécdoque–. Dios infunde su soplo vital, al comienzo de la historia, y crea al hombre (Gn 2,7). Cristo exhala el Espíritu Santo sobre sus discípulos reproduciendo el mismo gesto de Dios, soplando sobre ellos (Jn 20,22). Para mostrar la presencia del Espíritu Santo que Cristo nos comunica, el icono exagera de manera muy expresiva el cuello del niño, desde donde brota la brisa, la fuerza, el hálito del Espíritu.

Asistimos a una prodigiosa metamorfosis. En ese niño pequeño se encuentra el misterio completo de Jesús: hijo de

María, Cristo glorioso, Hijo e imagen del Padre, y donante del Espíritu Santo. El arte del icono, mediante su delicada sugerencia y sus rasgos alusivos, así nos lo muestra.

4.3. La Madre y el Niño cerca, o la Iglesia y Cristo juntos

Cristo abraza a María. Admire el lector el movimiento. Con qué ímpetu se lanza todo su cuerpo sobre ella, con qué fuerza la rodea con su brazo izquierdo, como a la esposa del Cantar. Le mira a los ojos directamente y junta su cara a la cara de la Virgen.

Ya sabemos de dónde brotan el misterioso brillo de los ojos de María, la hermosura de su rostro, la belleza de todo su ser. Vienen de su hijo Jesús, su Señor y su Rey, el más hermoso entre los hijos de los hombres, la plenitud de la divinidad hecha cuerpo.

El Hijo la abraza entera, con suma delicadeza la rodea por el cuello; se enlaza a ella y la ciñe con ternura y calor, sin tregua, como si aconteciera una continua estación de los amores.

La contempla arrebatado con sus dos ojos penetrantes, que clava como dos dardos en los ojos de su madre. Así la miró Dios desde el primer día que la creó; no ha dejado de mirarla y por eso ha hecho en ella maravillas.

Asistimos a una profunda transformación. El rostro que vemos es el rostro de la Iglesia. Cristo se entrega a la Iglesia. Todo él se vuelca sobre toda ella: la ama, la alimenta con sus sacramentos, no cesa de mirarla y abrazarla, la quiere para sí santa y pura, sin mancha ni arruga.

Se cumplen perfectamente las palabras de san Pablo: «Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada» (Ef 5,25-27).

Jesús exhala sobre la Iglesia su aliento más íntimo, en una continuada fiesta de Pentecostés: el don del Espíritu Santo. Acerca su cara a la cara de la Iglesia, la toca con ternura, la hace vivir, casi por ósmosis, en un sacramento de amor ininterrumpido.

La Iglesia nos sigue diciendo en qué fuentes tenemos que abreviar la verdadera belleza que no se marchita.

María es imagen y prototipo de la Iglesia. Es madre del Señor, figura de la Iglesia. Virgen y Madre, tal como más adelante podremos ver.

Tal es el prodigio del arte de este sublime icono. Quien lo contempla asiste a una profunda conversión. Entra en un dinamismo y en una corriente inimaginables: se deja transformar por el amor. También permite que la hermosura de Cristo le cambie y le impregne de su misma hermosura y belleza, que le comunique la revelación del Padre y le haga donación de su personal aliento, que es el Espíritu Santo.

Comentario poético al icono: La Madre y el Niño

El niño mira a su madre
con los ojillos del alma.
La madre le respondía
con su corazón en ascuas:

*–Madre, déjame crecer
como el sauce junto al agua,
a tu orilla, por el aire,
la luz de nieve en la rama.*

*Madre, déjame apoyar
mi cabeza en tu almohada,
mis nubes en tus mejillas,
mi corazón en tu llama.*

Su madre le respondía
–la ternura enajenada–,
derritiéndose sus ojos
en miles de estrellas claras.

*–Cómo me llena, hijo mío,
cuando te aprieto y me abrazas;
eres mi tierno tesoro,
la joya de mis entrañas.*

*Tú eres mi mar y mi cielo,
el balcón de mi mirada,
partitura de mi risa,
de mi silencio cantata.*

El niño, siendo un lucero,
se ha dormido en la mañana.
Su madre le sonreía.
Al amanecer, el alba...

Tras la interpretación temática del icono, ahora se nos ofrece este comentario poético, asimismo elocuente.

Este poema, tomado del libro *La canción del Nacimiento*⁷, es una glosa al célebre icono oriental de la Virgen de Vladimir o de la ternura.

Si se me permite una pequeña confesión, he de decir que le tengo tanta gratitud como reconocimiento. El poema se me dio, como un regalo. Lo escribí, o me fue dictado al corazón, mientras miraba fijamente la imagen de la Virgen y el Niño.

Toma su inspiración formal en el romancero tradicional, según la pauta de la canción popular. Su aportación no radica tanto en la forma del tema y la novedad del motivo, cuanto en el tono, el sentimiento y el modo de ser tratado.

El romance despliega un entrañable coloquio, con alternancias respectivas entre las voces de los dos protagonistas: diálogo cordial entre la Madre y el Niño.

El Niño aparece escondido, como en una *maternidad* de Picasso, replgado entre las líneas curvas de la Madre.

Los cuatro primeros versos sirven de presentación. Se cruzan dos miradas. El niño mira a su madre con los *ojillos del alma*. La palabra *ojillos* se manifiesta como el típico diminutivo afectivo, que tanto gustaba a Fray Luis de Granada, y tal como justamente aparecen pintados en el icono. Es una mirada en donde el Niño se entrega por entero: los ojillos, más que de la cara, son del alma.

La madre le contesta asimismo desde dentro, con un corazón tan ansioso que arde *en ascuas*. Corazón inflamado. Los ojos del niño susurran; los ojos de la madre exclaman. En este cruce y choque de miradas interiores, se produce un relámpago, un diálogo apasionado.

Ambos anhelan fundirse en el fuego de la mutua penetración amorosa.

⁷ Francisco Contreras Molina, *La canción del Nacimiento*, Madrid 1993, 53.

El niño pide *crecer* como árbol junto *a tu orilla*. Nos vienen al recuerdo, como ecos de la fecundidad, algunas remembranzas bíblicas. La afirmación del salmo primero: «Como un árbol plantado junto a corrientes de agua» (verso 3). También retenemos la observación del evangelio: Jesús niño crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y los hombres (Lc 2,52).

Se acude a la geografía granadina, para que surta con limpias estampas que logren evocar el milagro de la vida: el agua, el aire, la luz, la nieve, la alta rama. Son imágenes trascendidas: el agua se convierte en luz, y la luz es vida de los hombres. El sauce se engalana en su rama con el fruto de nieve, como Granada se corona por Sierra Nevada.

Todas estas realidades no son lejanas ni ajenas; están delimitadas y próximas. Quiere el Niño crecer *a tu orilla*: siempre junto a su madre, a la vera de su corazón.

Mas no sólo anhela crecer junto a su madre, sino en intimidad con ella, en profunda simbiosis de cariño. No quiere dejar nunca de ser hijo de su madre María. Por eso la invoca por su nombre y le suplica:

*Madre, déjame apoyar
mi cabeza en tu almohada,
mis nubes en tus mejillas,
mi corazón en tu llama.*

Le pide apoyar la cabeza en su almohada, que es su blando pecho de madre, en donde puede descansar.

También implora que sus nubes –o preocupaciones, anhelos...– reposen, tal como aparece en el icono, en sus hermosas mejillas, en un contacto cálido. Y, por fin, suplica que su corazón de hijo se queme en la misma llama en que arde el corazón de su madre. Busca la fusión en el amor, arder los dos en un mismo fuego, consumirse.

Viene ahora la respuesta de la Madre. Pero María casi no puede contestar. La ternura que siente por su hijo la ha dejado fuera de sí, enajenada, loca de amor. Apenas puede mirar a su hijo, porque sus ojos se derriten en *miles de estrellas claras*: la Virgen está llorando por su hijo.

Las estrellas claras son *miles*, son inmensas las lágrimas que vierte: la tremenda alegría y también el hondísimo dolor que experimenta mirando a su niño.

Para una madre, un hijo constituye lo más grande y hermoso del mundo entero. Esto lo conoce muy bien cualquier madre por la sabiduría de su instinto, por la voz de la sangre, pero hay que decirlo con palabras. Obsérvese, en este contexto, qué calidad de requiebros pronuncia María para invocar a su niño. Sólo un corazón tan prendado y prendido de su hijo podía inventar tales piropos.

Lo que más le embarga y llena es tenerlo, sentirlo tan cerca y tan adentro. El niño la aprieta en su cariño, ella le abraza con su amor:

*Cómo me llena, hijo mío,
cuando te aprieto y me abrazas.*

Jesús es para ella un tesoro ni frío ni deslumbrante, sino *tierno*, y es la joya que le ha brotado dentro, el fruto viviente de sus entrañas.

Sigue pronunciando la Virgen más requiebros. En enumeración polar –figura que abarca y condensa toda la realidad– le dice que es su *mar* y su *cielo*: su hijo es todo para ella.

Se abre a la panorámica del paisaje, la madre ya no ve sino por los ojos de su hijo, y le llama *el balcón de mi mirada*. El niño se le aparece, tal como reza el célebre verso de san Juan de la Cruz, como *música callada*. Se transforma íntimamente, con más atrevida metáfora, en *partitura de mi risa*.

Es, por fin, silencio o quietud que se torna *cantata*. Cuando la Virgen calla, el niño canta. Deja de hablar para que él hable. El silencio de la madre es la palabra o la música del hijo. María ya no va a hablar más.

Todo el universo se concentra en su hijo. Es ya –como brevemente se ha señalado– el balcón desde donde mira al mundo, la letra y partitura de su risa, el canto de su feliz silencio (*oxímoron*). En la fusión con su hijo, la madre se complace y se extasía hasta el colmo de la dicha suprema. De nuevo escuchamos:

*Cómo me llena, hijo mío,
cuando te aprieto y me abrazas.*

Llegamos a los últimos versos del romance.

Ese niño, *dormido en la mañana*, es un *lucero*. ¿No recuerda el verso *el niño siendo un lucero* a éste del antiguo romance –siglo XVII– del ciego y las naranjas *el niño como era niño*? Este Niño es ahora un lucero, es la luz.

Merced a esta nueva «luz», el poema queda transfigurado, contemplado desde otra perspectiva cabal. El romance se trasciende a sí mismo. Nos depara una grata e inesperada sorpresa. El Niño ya no es sólo aquel niño de Belén, el divino infante, sino que asume, por el poder evocador de la recreación poética, una nueva silueta y una condición de gloria.

El lector creyente, conocedor de la experiencia evangélica y litúrgica, sabe que Cristo es el lucero de la mañana. De hecho, se ha convertido en lucero radiante de la mañana por el misterio de su resurrección.

El poema insiste triplemente en la mención de ese tiempo señalado: *la mañana, el amanecer, el alba* (versos 26.28). ¿En qué otra mañana podría pensar su madre (de ahí esa sonrisa permanente de sus labios, que ya nunca se plegará), sino en la mañana de Pascua, cuando su Hijo resucitó de la muerte y se hizo luz de la vida y lucero del mundo?

Esta interpretación encuentra su apoyatura en la misma sagrada Escritura. Cristo resucitado se autopresenta en el libro del Apocalipsis como «el lucero radiante de la mañana» (Ap 22,16). Esta hermosa denominación de Jesucristo se relaciona con el hecho de su resurrección, pues alude a la mañana de Pascua. El evangelio lo afirma categóricamente: «Jesús resucitó en la mañana del primer día de la semana» (Mc 16,2.9). Pueden leerse todos los relatos de la resurrección en los evangelios sinópticos, en donde se precisan el tiempo y las circunstancias; señalan de forma unánime el tiempo de la resurrección: era por la mañana, al alborar: Mt 28; Mc 16,2.9; Lc 24,1.

María tiene ya en sus brazos a su hijo resucitado, al Jesús de la Pascua. Y el hijo la consuela con el poder de su gloria eterna y divina.

El misterio, ya admirablemente realizado entre el Niño y la Virgen, entre Cristo y su Madre, reclama ser continuado y vivido por el lector cristiano.

Este poema no tiene final, sino puntos suspensivos: no termina ni se acaba. ¿Puede acaso acabarse una mañana que no hace sino empezar? El poema queda abierto, como el amanecer de un nuevo día, en la claridad total: *al amanecer, el alba...*

Cada lector puede leer de nuevo el poema y, en cada ocasión, adoptar un nuevo registro y una inédita experiencia. Cabe hacer una lectura teniendo como protagonistas a Jesús niño y a su madre María.

Los interlocutores pueden ser también Cristo resucitado y la Iglesia madre. Se nos invita a cada uno de nosotros a acercarnos con corazón de niño y a encontrarnos felizmente como un hijo en brazos de María, nuestra madre.

Este diálogo mantiene su gradación ascendente. Por dos veces la madre contesta y asiente a las palabras de su hijo: «La madre le respondía» (versos 3.13). A la tercera vez ya no se repite la misma frase, sino otra, aún más entrañable: «Su madre le sonreía».

Jesús, su hijo resucitado, le otorga una alegría que ya nadie podrá arrebatarse. «Volveré a veros y ya nadie os quitará vuestra alegría», había prometido el Señor a sus discípulos (Jn 16,22). Por eso, cuando lo ven resucitado, se llenan de alegría (Jn 20,20).

Cada lector, cada nuevo hijo o nueva hija que lee el poema, debe acercarse a María, dejarse mirar y querer por ella. Va a ser causa de su gozo: acrecentará su perenne alegría como madre feliz ya de todos sus hijos.

Presentación

1. El poeta deja hablar al corazón en su propio lenguaje

Es preciso dar gracias a Dios porque existen los poetas: «Sin los poetas nadie habría descubierto y comprendido esta misteriosa maravilla que es María»⁸.

María encarna la belleza, más allá de las líneas de una anatomía concreta, más adentro de los sutiles rasgos de un canon estético prefijado. Es la llena de gracia, la favorecida. Ha sabido responder, rendirse a Dios con íntegra disponibilidad, para que la belleza divina no encontrara rémora ni resistencia, sino acatamiento y entera acogida.

Cada uno de nosotros es hijo de María, y María es nuestra madre. ¡Feliz tautología que es preciso repetir muchas veces, inacabablemente, para ahondar en ella sin cansarse y poder saborearla con fruición!

Me quedo prendado –al igual que tú, lector– cuando voy leyendo o paseando por los pasajes de la Biblia y de la poesía; cuando contemplo con los ojos del alma cómo es el corazón de nuestra madre. Corazón grande y pequeño al mismo tiempo. Grande, porque se ha abierto de par en par a Dios, quien la ha colmado con su gracia desmedida. Pequeño, porque es humilde –sin dobleces ni recovecos, transparente–, pues cabe entero en la mano acogedora de Dios.

¿Cómo podría relatar la belleza de María? ¿Se atrevería acaso algún hijo a referir la hermosura de su madre de la tierra? ¿No se dejaría llevar por la exageración, por la alabanza excesiva del amor que todo lo magnifica sin tasa?

⁸ D. M. Turollo, *Poi l'angelo cantò la melodia*, Vicenza 1986, 6.

Pero leyendo el evangelio, los poemas..., se descubren rasgos tan llamativos que resultan más atrayentes paradójicamente por ser tan recatados.

La belleza es lo que nos atrae y solicita. Siempre es llamativa. Lo bello se dice en griego *kalos*. Y llamar se dice *kaleo*. Se trata de algo más que de una paranomasia o juego de palabras. Lo bello es lo que nos llama irresistiblemente. La auténtica belleza no puede menos de atraer la inquietud de unos ojos que se abren limpiamente y miran con ansia. El corazón humano, que tiene hambre y sed, no cesa de latir hasta encontrar la fuente de hermosura que no se marchita.

La belleza de María es reflejo de la gracia de Dios que la inunda, haciéndola madre de Jesucristo y, también, madre nuestra. Su hermosura nos conduce de la mano hasta Dios.

Admiro a María, nuestra madre –cada vez más–, porque es flor humilde a ras de tierra humana, no rosa de esplendor deslumbrante que se pregona en la alta rama. Hay que contemplarla con delicada atención y cuidado para percatarse de su belleza escondida.

2. La belleza de María es «más joven que el pecado»

La única belleza que salva al mundo es la belleza de Dios. Y Dios ha hecho a María totalmente hermosa, sin sombra alguna. En María se espejan, como en una limpia corriente, la bondad y el amor divinos.

La contemplamos. Nos sentimos seducidos por su belleza, al mismo tiempo virginal y maternal. Es la obra primorosa de arte de Dios, el prototipo de lo que el Creador puede hacer en su criatura humana cuando no opone resistencia al poder de su gracia. María es el milagro operado en el sometimiento total a la bondad de Dios.

El pecado mancilla la imagen de la belleza, la oculta y desfigura, la convierte en opaca y tenebrosa. María es sin pecado, sin mancha, inmaculada: la Purísima.

La belleza de María es «más joven que el pecado». La afirmación está entresacada de *Diario de un cura rural*, de G. Bernanos, uno de mis autores favoritos y un libro, también, de mi mayor estima. La escena presenta un diálogo mantenido en el presbiterio entre dos sacerdotes, el cura de Torcy y

un cura rural, protagonista de la novela, quien se encuentra enfermo y decrepito. Aquél le hace una revelación, una de las más hermosas descripciones que se han escrito en la literatura y la teología de todos los tiempos sobre María, ¡tal es el cariño y la devoción que personalmente profeso a estas líneas que vienen a continuación!

La Virgen Santa no ha tenido ni triunfos ni milagros. Su Hijo no permitió que la gloria humana la rozara siquiera. Nadie ha vivido, ha sufrido y ha muerto con tanta sencillez y en una ignorancia tan profunda de su propia dignidad, de una dignidad que, sin embargo, la pone muy por encima de los ángeles. Ella nació también sin pecado... ¡qué extraña soledad! Un arroyuelo tan puro, tan limpio que ella no pudo ver reflejada en él su propia imagen, hecha para la sola alegría de Dios Padre –¡oh soledad sagrada!–... Los antiguos demonios familiares del hombre, dueños y servidores al mismo tiempo, los terribles patriarcas que guiaron los primeros pasos de Adán en el umbral del mundo maldito, la Astucia y el Orgullo, contemplan desde lejos a esa criatura milagrosa que está fuera de su alcance, invulnerable y desarmada. Es verdad que nuestra pobre especie no vale mucho, pero la infancia emociona siempre sus entrañas y la ignorancia de los pequeños le hace bajar los ojos, esos ojos que conocen el bien y el mal, esos ojos que han visto tantas cosas. ¡Pero no es más que la ignorancia al fin y al cabo! La Virgen es la inocencia. Date cuenta de lo que nosotros somos para ella, nosotros, la raza humana. Ella detesta el pecado, naturalmente, pero no tiene de él ninguna experiencia, esa experiencia que ni siquiera les ha faltado a los más grandes santos, hasta al propio santo de Asís, con lo seráfico que fue. La mirada de la Virgen es la única verdaderamente infantil, la única mirada de niño que se ha dignado fijarse en nuestra vergüenza y en nuestra desgracia. Sí, hijo mío... Para rezar bien las oraciones que a ella dirigimos tenemos que sentir sobre nosotros esa mirada que no es del todo la de la inocencia –pues la inocencia va siempre acompañada, siempre, de alguna amarga experiencia–, sino de tierna compasión, de sorpresa dolorosa, de no sabemos qué sentimientos, una mirada inconcebible, inexpressable, que nos la muestra más joven que el pecado, más joven que la raza de la que ella es originaria y, aunque Madre por la gracia, Madre de las gracias, la más joven del género humano⁹.

Ante esta belleza hay que tener la valentía de dar rienda suelta a nuestros sentimientos y dejar libre el corazón iluminado por la fe, como los hijos suelen hacer con su madre. En

⁹ G. Bernanos, *Diario de un cura rural*, Barcelona 1951, 202.

gozosa contemplación, según nos recuerda este poema *La Vierge à Midi*.

Paul Claudel (1865-1955) era un joven poeta francés, rebelde, ávido de sensaciones de todo tipo. No tenía fe. Una tarde, justamente el 25 de diciembre de 1886, entró en la catedral de Nuestra Señora de París. Era hacia el rezo de vísperas. Cuando se interpretaba el canto del *Magnificat*, ocurrió algo inesperado. He aquí el relato de aquel hecho, referido con sus mismas palabras estremecidas:

Sucedió un acontecimiento que domina toda mi vida. En un instante, mi corazón fue tocado y creí [*En un instant mon coeur fut touché et je crus*]. Creí con una fuerza de adhesión tan grande, con una elevación de todo mi ser, con una convicción tan poderosa, con una certidumbre que no dejaba lugar a ninguna especie de duda que, desde entonces, ningún razonamiento, ninguna circunstancia de mi vida agitada, han podido sacudir mi fe. De manera imprevista, tuve el sentimiento lacerante de la inocencia, de la eterna infancia de Dios: una revelación inefable¹⁰.

Escuchamos un canto de sentida sencillez a María –nuestro *Magnificat*–, hacemos nuestras las palabras del poeta Paul Claudel, dejamos la palabra al corazón y damos gracias porque María existe: es la Madre de Jesucristo y, siendo la Madre de Jesucristo, se convierte también en nuestra propia madre:

Las doce. Mediodía. Está la iglesia abierta. Necesito entrar.
Madre de Jesucristo, yo no vengo a rezar.
No te vengo a ofrecer ni a pedir nada.
Vengo sólo a mirarte, Madre;
a mirarte, llorar de gozo..., y saber
que soy tu hijo, que tú estás ahí.
Sólo por un momento, cuando todo se para a mediodía,
estar contigo aquí donde tú estás
y, sin decir nada, mirar tu rostro,
dejar en su lenguaje cantar el corazón,
sin decir nada, sólo cantar, porque rebosa...
Porque tú estás ahí por siempre,
simplemente porque tú eres María,
simplemente porque tú existes,
Madre de Jesucristo, ¡gracias!¹¹

¹⁰ P. Claudel, *Ma conversion*, en *Oeuvres en Prose*, París 1965, 1009.

¹¹ B. Guégan, *Le livre de la Vierge*, París 1961, 168.

Permíteme confesar, en tono sincero de confianza, hermano lector –pues tanto tú como yo somos hijos de María–, que, gracias a la providencia, me vivo también públicamente mariano; dentro de la Iglesia me llamo por vocación «hijo del Inmaculado Corazón de María». Soy por mi trabajo profesor de Sagrada Escritura y, por innata inclinación, lector ferviente del Evangelio y de la poesía.

Me siento trabajador del verso bíblico y poemático. En esta comunión íntima me esmero por descubrir en las palabras reveladas el rostro de nuestra madre, esas facciones únicas y verdaderas, que súbitamente reconocemos desde nuestro instinto de hijos que nunca nos engaña.

¿Cuál es mi precisa tarea en estos momentos: ser exegeta o ser poeta? Tengo dos manos para trabajar: la Biblia y la poesía. ¿Cuál de esas dos manos debería cercenar, cuántos de mis diez dedos cortar? Me siento intérprete y poeta al mismo tiempo. Ahora soy poeta ante la palabra revelada de la Biblia, y también soy biblista frente a la palabra emocionada que es la poesía consagrada a María. Trabajemos con las dos manos, sin distracción ni olvido; avancemos con los dos pies por esta senda.

Con estas manos, con estos pies, con estos ojos y con este corazón de hijo laboro, camino, contemplo y me esmero por descubrir en los versos del evangelio y de la poesía, los destellos y los brillos..., las voces y los ecos, el alba de oro de la Anunciación y el ocaso de sangre del Calvario... cuantas huellas, en fin, palpitan por la hermosura que ha dejado en nuestro mundo el paso humilde de María, Madre de Dios y madre nuestra.

PRIMERA PARTE

Una amplia introducción

Una amplia introducción

1. El camino de la belleza (*via pulchritudinis*) para llegar a María

La teología ha padecido la amputación estética. El exclusivo interés por el conocimiento de la verdad ha apartado la mirada de la contemplación de la belleza. Como resultado lamentable, el campo de la teología ha quedado reducido y empobrecido.

Algunos autores –más bien escasos, habría que precisar– han intentado en teología colmar ese vacío, causado por una deserción generalizada. Las obras de H. Urs von Balthasar y de P. Evdokimov se han esmerado por recuperar la belleza como lugar teológico en donde Dios se revela¹.

Este sentimiento de queja o elegía se aplica también, e incluso con tintes más acentuados, al campo de la mariología. Pocos autores han tratado de la belleza de María². Basta acer-

¹ H. Urs von Balthasar, *Gloria. Una estética teológica*, Madrid 1985. En siete densos volúmenes, el sabio autor –alguien que bien lo ha conocido ha comentado que representa el pensamiento más culto del siglo XX– intenta recuperar esta dimensión estética en una mirada colosal, una verdadera panorámica de la historia, que abarca el Antiguo y Nuevo Testamento, el campo de la teología de todos tiempos, en donde resuenan muchas voces (santos padres, poetas, dramaturgos de diversas latitudes, teólogos de distintos signos...); se ha llamado a su obra, con merecida razón, una teología «sinfónica». También resulta sumamente original la aportación de P. Evdokimov, *Théologie de la beauté*, París 1972. El autor pretende acercar hasta Dios a través del arte de la belleza, en concreto de los misteriosos iconos, con fecundas sugerencias de todo tipo, pues Dios se comunica en la belleza. El camino –de ida y vuelta– de la belleza es la manera concreta en que se nos muestra Dios; él nos ofrece toda la verdad revelada y el bien de la salvación.

² Cf. S. de Fiore, *Belleza. Nuevo diccionario de mariología*, Madrid 1988, 290-300. Afortunadamente, esta laguna se va colmando poco a poco. En Italia se han celebrado tres recientes encuentros sobre nuestro tema: *via pulchritudinis* y mariología. Han sido promovidos por la Asociación Mariológica Interdisciplinar Italiana (AMI). La *via pulchritudinis* es el camino más adecuado para hacer resplandecer la verdad teológica. Véase amplia información en *Marianum* 161-162 (2002), 6325-635.

carse a sus libros. La inmensa mayoría de los tratados de mariología, publicados recientemente en España ignoran esta dimensión³.

La belleza de María –preciso es insistir en ello– no alude a sus rasgos físicos, sobre los que la Biblia guarda un cauto silencio. En contraste con tan prudente reserva, el interés por una detallada fotografía de su humana silueta no ha dejado de surgir como delirio en la mente e imaginación de algunos osados autores. Su belleza mira, ante todo, a la obra de la gracia de Dios, que en ella se ha desplegado libérrimamente, de tal modo que la convierte en Virgen-Madre del Hijo de Dios, Jesús, a quien ella acoge con toda humildad.

Hay bellezas seductoras, que embelesan con dulces cantos de sirena, ante las que sucumben la fuerza de la dignidad y el ideal del compromiso y la fidelidad (de todo tipo), es decir, que matan y asesinan.

Existen bellezas marcadas con el estigma de la marchitez ya en su misma raíz, que se corrompen como la flor del campo: «Toda carne es hierba, y todo su esplendor como flor del campo. La flor se marchita, se seca la hierba» (Is 40,6-7). R. Guillén ha dejado sentenciado el destino de la belleza terrenal: «Todo lo hermoso es triste mientras exista el tiempo». El tiempo cruel deteriora y aja las flores pasajeras de la belleza humana.

El libro del Apocalipsis señala que una misteriosa mujer –dentro de la lectura eclesial hacemos clara referencia a María– aparece pisando la luna o que la luna está bajo sus

³ C. Pozo, *María en la obra de la salvación*, Madrid 1974; A. Müller, *Reflexiones teológicas sobre María, madre de Jesús. La mariología en la perspectiva actual*, Madrid 1985; Ph. Ferlay, *María, madre de los hombres. Orar a María en la Iglesia*, Santander 1987; L. Pinkus, *El mito de María*, Bilbao 1987; A. González Dorado, *De María conquistadora a María liberadora. Mariología popular latinoamericana*, Santander 1988; Cristo Rey García Paredes, *María en la Comunidad del Reino. Síntesis de mariología*, Madrid 1988; X. Pikaza, *La madre de Jesús. Introducción a la mariología*, Salamanca 1989; A. M^a Calero, *María en el misterio de Cristo y de la Iglesia*, Madrid 1990; A. Maggi, *Nuestra Señora de los berejes. María y Nazaret*, Córdoba 1987; J. Espeja, *María, símbolo del pueblo*, Salamanca 1990; M. Navarro, *Espiritualidad mariana del Antiguo Testamento*, Madrid 1992; A. Aparicio, *Las primeras generaciones cristianas hablan de María*, Madrid 1994; Cristo Rey García Paredes, *Mariología*, Madrid 1995; D. Fernández, *María en la historia de la salvación. Ensayo de una mariología narrativa*, Madrid 1999. Para cerciorarse de la grave magnitud de este silencio y otras ulteriores reflexiones puede leerse con provecho el denso artículo de I. Murillo, «El camino de la belleza en mariología»: *Ephemerides Mariologicae*, XLV (1995), 193-206.

pies (Ap 12,1). Tener algo o alguien «bajo los pies» indica –tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento (Sal 8,7; Mal 3,21; 4,3; Mt 22,44; Heb 2,8)– el dominio absoluto. No sólo asume una significación locativa «debajo», sino que expresa figurativamente una actitud de acatamiento⁴.

La luna queda sometida por entero a la mujer. Hay que añadir que la luna desempeñaba la función de regular y determinar el tiempo, la sucesión de los meses y las estaciones⁵. Esta mujer posee poder omnímodo sobre la luna, es decir, sobre el tiempo. Ya no queda sometida ni a su devastación ni a su transitoriedad. Vive en una situación semejante de gloria a la descrita en la nueva Jerusalén, donde no existe la luna, porque el brillo lunar ha palidecido frente al resplandor de Dios y del Cordero (Ap 21,23)⁶.

Según el libro del Apocalipsis, María es perpetuamente joven: no hacen en ella grietas irreparables las arrugas del tiempo. Está enaltecida en el estado más glorioso que imaginar se pueda: participa ya de la belleza y de la vida eterna de Dios.

La senda de la belleza (*via pulchritudinis*) no representa una vereda ignota ni escarpada, no supone menor calidad respecto a otros caminos de acceso a María. No tiene por qué ser comparada con ellos y, tras el arriesgado ejercicio de la rivalidad, quedar en lamentable desventaja o en triste derrota. Es sencillamente otro camino junto a otros, una alternativa que se ofrece a los peregrinos, tal vez cansados de deambular entre las piedras secas de los conceptos y aburridos entre los grises párrafos de los tratados mariológicos. Su fin es noble y sincero.

El camino de la belleza se nos abre, cuajado de halagüeñas promesas, a fin de conocer con más íntima penetración el misterio de María, amarla con más intensidad y saber imitar sus virtudes.

⁴ Cf. B. J. Le Frois, *The Woman clothed with the sun (Ap 12)*, 109-110.

⁵ Cf. M. Lurker, *Wörterbuch biblischer Bilder und Symbole*, Múnich 1973, 209-210.

⁶ Como comentario ilustrativo del texto aparece un fragmento del salmo 89, pronunciado en contexto de alianza (cf. verso 35: «No violaré mi alianza») y que ilumina, aún más, la presente escena. Apocalipsis lo aplica en primer lugar a Cristo, «el testigo fiel» (1,5; 3,14); después, a la mujer de Ap 12,1: «Su descendencia durará por siempre, y su trono como el sol ante mí, como la luna será siempre estable, testigo fiel en el cielo» (versos 37-38).

2. La voz orientadora del papa Pablo VI

Procuramos avanzar guiados con la sabia orientación de nuestros pastores. Fundamentamos nuestra opción con unas palabras autorizadas que el papa Pablo VI dirigió a los miembros del Congreso Mariológico Internacional:

Queríamos responder a un problema de gran actualidad pastoral y también doctrinal: «¿Cómo proponer de nuevo de forma adecuada a María ante el pueblo de Dios, a fin de que despierte en el mismo un fervor de renovada piedad mariana?».

A este respecto se pueden seguir dos caminos. En primer lugar, el camino de la verdad, es decir, de la especulación bíblico-histórica-teológica, que concierne a la situación exacta de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia; es el camino de los eruditos, el que vosotros seguís necesaria y ciertamente, del que se beneficia la doctrina mariológica. Pero además de éste, existe también un camino accesible a todos, incluso a las almas sencillas; es el camino de la belleza, al que nos conduce, al final, la doctrina misteriosa, maravillosa y estupenda, que constituye el tema del Congreso Mariano: María y el Espíritu Santo.

En efecto, María es la criatura «toda hermosa»; es el «espejo sin mancha»; es el ideal supremo de perfección que, en todo tiempo, han tratado los artistas de reproducir en sus obras; es «la Mujer vestida del sol» (Ap 12,1), en la que los rayos purísimos de la belleza humana se encuentran con aquellos otros soberanos, pero accesibles, de la belleza sobrenatural. Y ¿por qué todo esto? Porque María es la «llena de gracia» (Lc 1,28), o sea, podemos decir, la llena del Espíritu Santo, cuya luz brilla en ella con un resplandor incomparable.

Sí, tenemos necesidad de mirar a María, de señalar su belleza incontaminada, porque a nuestros ojos frecuentemente ofenden y casi ciegan las imágenes engañosas de la belleza de este mundo. ¡Cuántos nobles sentimientos, cuánto deseo de pureza, qué espiritualidad renovadora podría suscitar la contemplación de belleza tan sublime!

Ya que en nuestros días la mujer avanza en la vida social, nada más beneficioso y más jubiloso que el ejemplo de esta Virgen-Madre emitiendo destellos del Espíritu Santo, que, con su belleza, resume y encarna los auténticos valores del espíritu⁷.

Reconoce el papa que existen dos sendas para acercarnos a María: una pertenece a la ardua investigación, al estudio

⁷ «Congreso mariológico internacional»: *Ecclesia* n° 1.742 (31 de mayo de 1975).

gnoseológico de la Palabra revelada: la exégesis bíblica y la profundización teológica. Es el camino de la inteligencia esclarecida y de la verdad (*via veritatis*).

Otra senda se orienta hacia la belleza (*via pulchritudinis*). El papa Pablo VI invita a mirar a María y a fijarnos en su belleza sin mancha. Cree el papa que, en medio de un mundo donde la belleza es mancillada y ofendida sin pudor, la contemplación de María va a suscitar en todos una cosecha de nobles sentimientos, ansias de pureza y espiritualidad renovada.

Esta belleza tiene sus antecedentes en la Biblia. Dios es designado «autor de la belleza» (Sab 13,3). El Antiguo Testamento reconoce la célebre hermosura de algunas mujeres. Recordamos de manera sucinta su mención: Sara (Gn 12,12), Rebeca (Gn 24,16); Noemí (Rut 1,20); Susana (Dn 13,2), Judit (Jdt 16,11), Ester (Est 2,15).

En la literatura sapiencial es célebre el salmo 45, donde se canta al rey como «el más bello de los hombres» y a la reina «llena de esplendor». En el Cantar de los cantares, con profusión rayana en el preciosismo, se enaltece la hermosura del amado y de la amada; especialmente de ésta última, cuya beldad no admite parangón posible, engastada de cuantos encantos naturales (atrevida gama de flora y fauna, toda clase de frutas aromáticas y árboles frondosos...) y minerales (piedras preciosas) se puedan invocar: «Toda hermosa eres..., en ti no hay mancha alguna» (Cant 4,7).

En cambio, el Nuevo Testamento mantiene un recatado silencio sobre la belleza de Jesús y de su madre. Este silencio es indicio prudente de que no debemos buscar la hermosura de María en su aspecto externo, sino en un lugar más hondo y recogido, en la verdadera raíz de la persona: en las regiones de su corazón. Pero la liturgia ha aplicado de manera señalada el encanto de estas mujeres bíblicas a María.

Nos fijamos especialmente en el pasaje sobre el que el papa Pablo VI ha reclamado nuestra atención. Se pregunta: «¿Por qué todo esto?», ¿de dónde brota esta hermosura de María?, ¿cuál es su fuente perenne y su verdadero origen? Y responde con acierto: «Porque María es la llena de gracia» (Lc 1,28).

3. La belleza de María según el evangelio de Lucas: «María, la llena de gracia»

Esta expresión se encuentra inserta en un pasaje que representa, todo él, un recamado mosaico. Pertenece en exclusiva al evangelio de Lucas (1,26-38). Es un midrás, típico género literario de la producción judía que no significa cuento o leyenda, sino la iluminación de un hecho mediante el recurso constante a la Palabra de Dios que lo actualiza.

Véase un sucinto muestrario de las diversas consideraciones que este pasaje ofrece⁸. Algunos autores creen que se trata del género literario de los anuncios, que pregonan un nacimiento⁹ o una misión¹⁰. Aparecen también en él menciones de relatos mesiánicos¹¹. Otros autores piensan en el eco de los oráculos que los profetas dirigían a la «hija de Sión»¹².

Hay que decir que este pasaje tan conocido no es en rigor de anunciación, tal como desde antaño se ha pensado proverbialmente, sino de vocación. En la anunciación el relato culmina con la comunicación de un mensaje. En la vocación, la narración culmina en pedir una respuesta. Aquí Dios está solicitando la respuesta, el «sí» de María. Tenemos delante no principalmente el misterio de la Anunciación, sino el de la vocación de María¹³.

No vamos a hacer una exégesis detallada del pasaje, sino tan sólo asomar nuestros ojos y asombrarnos ante el abismo de maravilla con el que el «evangelio de la gracia de Dios» describe la vocación de María. Nos concentramos en las palabras que el arcángel san Gabriel le dirige y que el papa Pablo VI nos ha recordado: «La llena de gracia».

El relato de la Anunciación, redactado por el evangelista san Lucas, quien ha sido calificado por la tradición oriental

⁸ Cf. A. Serra, *María según el evangelio*, Salamanca 1988, 11-26.

⁹ Ismael (Gn 16,7-13); Isaac (Gn 27,1.3.15-22); Sansón (Jue 13,2-24); Juan Bautista (Lc 1,5-25).

¹⁰ Moisés (Ex 3-4); Gedeón (Jue 6,11-24).

¹¹ Cf. R. Laurentin, *Structure et théologie de Luc 1-2*, París 1964, 71-73.

¹² Cf. N. Lemmo, «Maria, “Figlia de Sion”, a partire da Lc 1,26-38. Bilancio esegetico»: *Marianum* 45 (1983) 175-258.

¹³ Cf. K. Stock, «Die Berufung Marias (Lk 1,26-38)»: *Biblica* 61 (1980) 457-491.

como «el pintor de la Virgen», debido a su profunda descripción de los más vivos sentimientos de María, constituye una valiosísima joya que sigue deslumbrándonos.

Los pintores de todos los tiempos y latitudes han recreado de mil maneras la escena. ¡Cómo no recordar los cuadros de Fray Angélico, de Philippo Lippi, del Greco...! Forman una inmensa pléyade, por su número y sus altas dotes de calidad.

Algunos cuadros, evocando la escena del misterio de la Anunciación, representan a María de rodillas y al ángel de pie; otras pinturas, sin embargo, celebrando el don de la maternidad de la Virgen, presentan al ángel postrado y a María sedente. Por eso, san Gabriel se arrodilla ante la Madre de Dios bendita.

Pero algunos artistas presentan a María sola. La película de Zeffirelli *Jesús de Nazaret* muestra a María en su habitación. Súbitamente, una luz esplendorosa, señal de la presencia de Dios, la envuelve, y queda arrobada en oración y en el misterio.

Este preámbulo vale para confirmar que el evangelista san Lucas también ha escenificado el misterio de la Anunciación. El relato queda registrado en varias secuencias que, en aras de su más fácil comprensión, pueden ser puestas en orden con una breve ambientación.

a) *Saludo*

Aparece el arcángel san Gabriel, como directo mensajero de parte de Dios. También se señalan las circunstancias de lugar (Nazaret o la «florecida») y, sobre todo, el nombre de una joven virgen, que se llama María. El ángel la invita a la alegría. Resuenan voces de antiguos profetas que presagiaban el futuro gozo mesiánico (Sof 3,14; Zac 2,10). La llama con un nombre nuevo, la «llena de gracia», y también le asegura que el Señor la va a acompañar:

Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando, le dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”.

Ante la magnitud de estas palabras, María se queda perpleja, desorientada y pensativa. Discierne qué alcance pueden tener tan insospechadas palabras de un saludo: «Ella se conurbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo».

b) Anuncio

San Gabriel le recuerda un oráculo que ya había pronunciado, muchos años antes, el profeta Natán a David (2 Sm 7): un descendiente suyo sería el Mesías Rey. El ángel le confirma que ella será la madre de ese Rey prometido:

El ángel le dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin».

María conoce que va a ser madre, pero no entiende el cómo. Está desposada (aun no casada) con José. Por eso solicita una aclaración: «María respondió al ángel: “¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?”».

c) Segundo anuncio

Todo será obra del Espíritu. El poder de Dios, que es su Espíritu Santo, actuará en María, igual que se hacía presente la nube de la gloria de Dios en el templo de Jerusalén. El Espíritu se posará en María y la hará fecunda. Por eso el hijo participará del ser y de la vida del mismo Dios: será santo y será hijo de Dios.

También el ángel le ofrece una señal: el embarazo –que ya se nota al exterior, pues está de seis meses– de su prima Isabel, una mujer anciana y estéril:

El ángel le respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y éste es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios».

d) Aceptación

María se fía de Dios y responde con toda su fe y desnuda pobreza. Dice «sí», con pleno consentimiento, al plan de Dios. Se pone en sus manos para que la voluntad de Dios –no la suya– se cumpla. Ella no es más que la esclava del Señor.

Y dijo María: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Y el ángel dejándola se fue.

De tan denso relato nos fijamos únicamente en las palabras primeras del arcángel san Gabriel, pues son la razón constituyente –tal como lo reconocía el papa Pablo VI– de toda la hermosura de María¹⁴. El ángel la saluda con un imperativo que no es un mero saludo banal o corriente, sino altamente teológico, eco de los anuncios dirigidos por los profetas a la Hija de Sión, que ya han sido recordados (Sof 3,12; Zac 2,10), porque el Mesías va a venir y habitar en el pueblo humilde.

Entre las ruinas de una primitiva iglesia cristiana emergida entre las excavaciones de Nazaret mientras se edificaba la moderna basílica de la Anunciación, apareció el primer grafito dedicado a la Virgen. Sobre una piedra blanca, los primeros cristianos, admirados sin duda de la novedad y trascendencia de esta salutación, inscribieron las dos letras iniciales griegas (χ-μ) del saludo: «Alégrate, María».

María debe alegrarse por haber sido colmada por la gracia. Existe una relación entre Lucas 1,28 y 1,30; es decir, entre el imperativo «alégrate» (*khaire*) y el perfecto «la llena de gracia» (*kekharitomene*).

En Lucas, la paronomasia –juego fónico de palabras– *khaire* y *kekharitomene* indica que la alegría de María está en relación directa con la gracia de Dios. Aún más, que toda su alegría posee solamente una causa fundante: la gracia de Dios.

El ángel le dirige una palabra griega densísima: *kekharitomene*, o «la llena de gracia». Es preciso descubrir la riqueza de esta revelación.

¹⁴ Por fuerza hemos de limitarnos a esta muy reducida parte del relato. De otra manera, redactando un amplio comentario a la narración de la Anunciación de Lucas, escribiríamos un libro dentro de otro libro.

El verbo va conjugado en «pasiva divina»: María ha sido colmada de gracia por Dios. Esta modalidad contiene profundas consecuencias. Significa que la acción remite al agente que actúa, que no es otro sino Dios. También muestra el resultado de la acción divina sobre María: llenarla de gracia y transformarla íntegramente. Y, por fin, indica el estado en que ésta queda investida: María es llena de gracia y así permanecerá para siempre.

Estas tres fecundas dimensiones –Dios como sujeto protagonista, transformación íntegra de María por la gracia de Dios y permanencia en dicho estado– han de ser tenidas en cuenta y apreciadas como notas hilvanadas en una hermosa sinfonía. Oigamos más despacio, a fin de poderlos apreciar como se debe, estos tres acordes.

El verbo está en «pasiva divina», lo que quiere decir que el sujeto-agente es Dios: únicamente de él brota toda la acción benefactora. No son el comportamiento de María ni sus propios méritos los causantes. Es definitivamente Dios quien la ha hecho hermosa y bella, la ha elegido y bendecido. María es un canto a la libérrima iniciativa divina.

En segundo lugar, se trata de un verbo causativo –como todos los verbos griegos acabados en *-oo-* y muestra el efecto obrado en una persona¹⁵.

María es la destinataria de la acción divina. Dios la transfigura totalmente. Hay que destacar el dinamismo de este verbo causativo, que evidencia sus resultados en María, quien ha sido «transformada por la gracia»¹⁶.

Es preciso insistir en este milagro divino. María es totalmente obra de Dios, que la convierte en una mujer agraciada, agradable, atrayente, atractiva. El amor de Dios la ha hecho amable; la belleza de Dios la ha dejado íntegramente radiante. Dios se prenda de ella, y María queda del todo favorecida, hecha su «favorita»: el encanto de Dios, la «niña de sus ojos».

En tercer lugar, el verbo está en perfecto, modalidad –peculiar del régimen verbal griego– que otorga un valor de

¹⁵ Cf. J. Fantini, *Κεχαριτωμενη* (Lc 1,28). *Interpretación filológica*: Sal 1 (1954) 760ss.

¹⁶ I. de la Potterie, «Κεχαριτωμενη

validez absoluta a la acción. Quiere decirse que la gracia concedida por Dios no se reserva para una ocasión, no es competente para un momento fugaz, sino que le concede un estado de permanencia. Desde el principio de la creación y por la eternidad, María es la llena de gracia. Una gracia que la preserva en su inmaculada Concepción y que culmina en su divina Maternidad.

El ángel no se dirige a ella con su nombre propio, como debería, en coherencia lingüística con su intervención en el relato. No le dice «María», sino «llena de gracia». En cambio, en el relato anterior, el ángel llama al padre de Juan Bautista con su nombre, «Zacarías» (Lc 1,13). Ahora, de forma anómala, no sucede lo mismo. Y faltando el nombre de María, «la llena de gracia» se convierte en el nombre de la Virgen¹⁷.

La palabra *kekharitomene* le conviene casi como un nombre propio, como a Simón el de Pedro, como a Saulo el de Pablo: «La Virgen es toda entera la expresión personal y la personificación del favor de Dios»¹⁸. La Virgen «ha caído en gracia a Dios».

La traducción latina *gratia plena*, «llena de gracia», puede inducir a engaño interpretativo: «Lucas evoca claramente el favor concedido por Dios y no la gracia santificante concedida al ser humano»¹⁹.

María ha encontrado gracia ante Dios. La palabra «gracia» o *kharis* es la traducción del vocablo hebreo *hen*. Posee un sentido amplio: significa «gracia-belleza, gracia-favor, hermosura, simpatía, atractivo, encanto, adorno, ornato, favor, estima, afecto, atracción, gusto, complacencia, agrado»²⁰. En la Biblia se aplica sobre todo a la mujer. Recojamos algunos selectos ejemplos de tal uso: «Mujer llena de *hermosura* –*hen*– honra a su marido, mujer desabrida lo deshonor» (Prov 11,16). La mujer encuentra *gracia* –*hen*– a los ojos de su marido (Dt 24,1). La palabra se relaciona a menudo con la mujer, mas

¹⁷ M. Zerwick, *Analysis philologica Novi Testamenti graeci*, Romae 1953, 130.

¹⁸ M. Cambe, «La charis chez Saint Luc: Remarques sur quelques textes, notamment le “kekharitomene”»: *Révue Biblique* 70 (1963) 205).

¹⁹ F. Bovon, *El evangelio según san Lucas I*, Salamanca 1995, 110

²⁰ Voz «*hen*»: L. Alonso Schökel, *Diccionario bíblico hebreo español*, Madrid 1999, 264.

no es extraño el empleo para una designación masculina: «Eres el más bello de los hombres, en tus labios se derrama la gracia *-hen-*» (Sal 45,3). Pero la belleza puede ser falaz y esquiva: «Engañosa es la *belleza -hen-*, fugaz la hermosura» (Prov 31,30).

Dios es el autor y el origen de toda gracia. Lo pregona el salmo: «Únicamente Dios concede esplendor y gracia *-hen-* auténticos» (Sal 84,12). Se trata de encontrar gracia *-hen-* a los ojos de Dios. Los grandes personajes bíblicos han sido dignos de hallar gracia a los ojos de Dios. Véase esta galería selecta: Noé (Gn 6,8), Abrahán (Gn 18,3), Lot (Gn 19,9), Moisés (Ex 33,34; Nm 11,11.15) y David (2 Sm 15,25). La mirada de Dios posee capacidad de imprimir gracia y hermosura²¹.

Estos personajes del Antiguo Testamento «han encontrado gracia a los ojos de Dios», a saber, gozan de su favor, le agradan. Pero existe en la expresión bíblica un matiz de generosa benevolencia por parte de Dios y de cierta indignidad, la propia de una conducta que no se merece el favor divino. Se acentúa la libérrima gratuidad de Dios.

Si estos egregios patriarcas, antepasados nuestros en la fe, han recibido el favor de Dios, «en María se han dado cita todos los favores de Dios. María es la favorecida de Dios»²². No la ha colmado con un carisma particular, con el don de la sabiduría, de la profecía..., sino con la abundancia de todos sus dones. Es la completamente llena de gracia.

María tiene un nombre nuevo: «la llena de gracia». Se lo ha puesto el mismo Señor, que lo ha declarado con sus labios. Se cumple lo dicho por el profeta: «Y te llamarán con un nombre nuevo, pronunciado por la boca del Señor» (Is 62,2).

Lucas presenta a María sin ningún título, para que comprendamos lo más radical y asombroso de su vida: que todo en ella proviene del favor de Dios, que su gracia la previene

²¹ «YHWH se autodefine así como Dios de ojos claros y limpios, que sabe hallar *encanto -hen-* incluso allí donde ojos menos penetrantes y menos benignos consiguen hallarlo por ser en realidad nulo o casi nulo o al menos muy oculto en la ganga» (Isidro M^a Sanz, *Autorretrato de Dios*, Bilbao 1997, 121). El autor se prodiga en una serie de penetrantes análisis sobre los vocablos que mejor cuadran el comportamiento de Dios en el Antiguo Testamento, conforme aparece en su clásica «definición», formulada en Ex 34,6b. Le debemos gratitud por sus sugerencias.

²² J. A. Fitzmyer, *El evangelio según Lucas II*, Madrid 1987, 114.

(la hace Inmaculada) y que ella misma devendrá la manifestación más palmaria de la obra prodigiosa de Dios: será la Madre de Dios encarnado²³.

A este don y misterio de la gracia, María responde de manera ejemplar. Pronuncia un «sí» pleno de libre consentimiento y entrega total para que en ella actúe, sin estorbos ni distracciones, la gracia de Dios: «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,45). «Un Dios que juega con la criatura humana como con un objeto muerto no es el Dios de la alianza, sino una divinidad pagana y extraña respecto a la buena noticia del Dios que se hizo hombre por nosotros y por nuestra salvación. Con su “aquí estoy”, la Virgen “cooperó” realmente en la historia del nuevo comienzo del mundo... En María, Dios no rivaliza con el hombre ni edifica su gloria sobre las cenizas de su criatura»²⁴.

María se ha dejado transformar íntegramente por Dios: le ha dicho «sí» siempre: «De la misma manera que la gavilla se comprime en su centro y se despliega en sus extremos, así también la vida de María se encuentra resumida en su “sí”; a partir de él esta vida adquiere su sentido y su forma, y se despliega hacia adelante y hacia atrás. Este “sí” central y único es asimismo el que la acompaña en cada instante de su existencia, ilumina cada recodo de su vida, confiere a cada situación su sentido específico y le concede en todas las circunstancias la gracia siempre nueva de comprender. Este “sí” confiere un sentido pleno a cada instante, a cada movimiento, a cada oración de la Madre del Señor»²⁵.

Miguel de Unamuno aporta un certero testimonio sobre este nombre de María, la «llena de gracia». Escribe así: «Toda la gracia que Dios había de derramar en los hombres la concentró en María, símbolo de la humanidad santificada. María

²³ Véase este selecta y reducida bibliografía: C. Pozo, *María en el Nuevo Testamento*, Madrid 1974, 214-215. E. dalla Corte, «Kecaritwmenh (Lc 1,28). Crux interpretum»: *Marianum* 52 (1990) 101-148. I. de la Potterie, «Kekharitomene en Lc 1,28. Étude philologique»: *Bib* 68 (1987) 357-382, retomado en un segundo artículo, del mismo título, en *Biblica* 68 (1987) 480-508. M. Cimosá, «El senso del titolo Kekharitomene»: *Theotokos* IV (1996/2) 589-597). El autor se prodiga en un sutil análisis y proporciona además una muy amplia bibliografía que nos evita a nosotros rellenar más apretadas líneas de citas de libros y artículos pertinentes.

²⁴ Bruno Forte, *María, la mujer icono del Misterio*, Salamanca 1993, 193.

²⁵ A. von Speyr, *La esclava del Señor*, Madrid 1991, 9.

es el depósito de la gracia, llena de ella, vaso espiritual y madre de la divina gracia»²⁶.

La palabra griega *kekharitomene* no se fija en la apariencia de la hermosura externa, sino en la belleza con la que Dios la inunda y anega, de forma tan desbordante que debe por necesidad mostrarse al exterior.

Del fondo íntimo de su corazón virgen y de madre, de mujer libremente elegida y favorecida pródigamente por Dios, de su intimidad recatada y habitada por Dios Trinidad, proviene la belleza exterior. Sobre este particular hemos de actuar con cautela y prudencia. No tenemos ningún retrato físico de la Virgen para poder contemplar sus facciones, ni siquiera los cuadros o iconos que la antigua tradición atribuyó a san Lucas.

Sólo poseemos los sucintos rasgos que nos ofrece el Nuevo Testamento. A través de esa prosopopeya, podemos llegar a una etopeya, es decir, a lo más interior, a los sentimientos que alberga su inmaculado corazón.

4. La belleza de María según el Nuevo Testamento: una aproximación

Como creyente (biblista y poeta, al unísono), admiro la belleza de María, que puede ser contemplada desde muy diversos escorzos. Podemos describir someramente esta mirada contemplativa y esta admiración ante su belleza. No es un estudio, tampoco un análisis de exégesis (para acometer esta tarea ni un libro ingente bastaría, ni siquiera una biblioteca, y nos saldríamos además irremisiblemente de los límites de nuestros planteamientos), sino un acercamiento.

María representa la esperanza para todos nosotros, quienes, aherrojados en este valle de lágrimas, la miramos como mujer rescatada y que, siempre al lado de su Hijo Redentor, quiere rescatarnos. Significa el triunfo en ella de la gracia de Dios sobre el pecado y nuestras miserias.

En su belleza contemplamos no unas facciones más agradadas según el canon de la estética humana; reconocemos la

²⁶ *Diario íntimo*, Madrid 1970, 55-56.

victoria de Dios sobre el imperio del mal y la miseria de la muerte, el triunfo de su gracia contra las asechanzas y asaltos del Dragón y sus satélites.

Ella ha estado sometida durante toda su vida a un continuo hostigamiento, a las amenazas del Dragón (Herodes buscaba al niño para matarlo: Mt 2), a la incomprensión, al dolor, a la soledad... En todas estas adversas circunstancias, María ha puesto su confianza en el Señor; se ha mantenido incólume, firme en la roca de su fe, como fiel discípula de su Hijo, Jesús. Ha estado de pie en el Calvario de todas las cruces. Por eso ha sido enaltecida por Dios y colmada de belleza.

Mientras posamos nuestros ojos sobre los textos neotestamentarios que nos hablan de María, nuestra impresión y nuestra retina, sacudidas gratamente por su presencia, asumen una ininterrumpida serie de sensaciones que van de la admiración al asombro, del gozo al pismo, de la gratitud a la alabanza a Dios, quien hizo a nuestra madre tan colmada de hermosura. Como afortunado testigo, no me canso de repetir una y otra vez, hasta con las mismas palabras, como una insistente anáfora, mi inacabable asombro. Certifico fielmente lo que he visto.

Admiro la belleza de su silencio profundo. Que el evangelio hable tan sobriamente de ella. Y que ella misma hable tan poco, pero con tan hondas palabras. El misterio de su discreción, ese pasar por la vida sin darse importancia, ese estar sin notarse, pero sabiendo todos sin excepción que ella, la madre, está aquí, con nosotros, sus hijos.

La belleza constante de su contemplación. Dos veces nos dice san Lucas que María meditaba los acontecimientos en su corazón, que «les daba vueltas», es decir, que trataba de unirlos (eso significa la palabra *symballousa*) con el hilo misterioso de la fe.

La abandonada belleza de dejarse ser y hacer por Dios. No oponerle resistencias. Rendirse por entero a la gracia de su amor y su poder. Saberse y sentirse barro amasado en las manos, a veces incomprensibles, otra veces rugosas y hasta hirientes, de Dios.

Me cautiva su humilde belleza cuando dice: «Hágase en mí según tu palabra». No dice: «Yo voy a hacer, yo haré...».

Nunca se erige en protagonista. María se dispone con toda su alma preparada para que Dios obre y actúe en ella, conforme a su designio.

Me encanta la belleza «pronta» de María. En seguida, cuando se marcha el ángel, ella se levanta y se pone rauda en camino. Marcha deprisa, casi corriendo. Va a ayudar a su prima Isabel, ya anciana, a quien Dios le ha regalado el don de un hijo.

Contemplo su belleza de ser «cristófora». Cuando va, alguien la lleva. Cuando camina, su Hijo la conduce. Y cuando habla, el Señor habla por sus labios. Es el arca de la alianza, que siempre porta dentro la viva presencia de Dios.

Me seduce la alegre belleza de María. Siempre que se acerca, trae la alegría. Hasta un niño pequeño se da cuenta y se contagia. Si está dormido en el seno materno, se despierta. El niño da brincos de alegría en el vientre de su madre Isabel. Es que ha recibido este imperativo del parte del ángel Gabriel: «Alégrate», y ella se alegra en Dios, su salvador.

Me pasmo ante la belleza de la «pequeñez» de María. Dios ha hecho en ella obras grandes porque ha mirado su humildad. Sólo de los pequeños es el Reino de Dios, y sobre los pequeños de corazón Dios reclina, prendado, su mirada.

Admiro la profética belleza de María. Ha sabido entonar con valentía el canto de los más pobres, de los abatidos y desvalidos de la tierra, de aquellos a quienes ya no les queda sino un poco de esperanza –no más–, como un canto de resistencia frente al poder de los soberbios desalmados (es decir, sin alma) que roban, tiranizan, matan y siguen crucificando salvajemente, como crucificaron a su querido hijo en el Calvario.

Me duele la belleza de su corazón atravesado por la espada, corazón que sangra de continuo, porque su pena es demasiado severa y la espada muy aguda. Le duelen tantos hijos que sufren, malviven y malmueren en esta tierra que debería ser de hermanos, en este valle infecundo regado por la sal de inmensas lágrimas como el mar.

Me llena su belleza solidaria. Se encuentra en unas bodas: las personas presentes están pendientes de su plato, de su jarro y de su comida. Cada una, centrada en la mínima parcela de su propio interés. María levanta la cabeza, extiende su mi-

rada y cae en la cuenta de los demás, observa con interés sus problemas y sus alegrías.

Me cautiva la belleza de su atención y de su vigilancia. La mujer de los ojos abiertos para los demás, no de los ojos re-concentrados sobre sí misma. La mujer de los ojos blandos por la misericordia, no de los ojos duros y fijos, escrutadores e impasibles.

Admiro su belleza acelerada para el arreglo de los conflictos. Quiere poner remedio al bochorno de unos recién casado (¿faltar el vino en unas bodas!, ¿alguna vez ocurrió tamaño disparate?). No se conduce inútilmente, aborda los problemas de frente.

La belleza de saber quedarse en segundo plano. Ella no dispone, no insinúa que se vaya a la taberna del pueblo y que se compre... Se limita a presentar el problema ante su hijo: «No tienen vino». ¡Qué delicada forma de pedir!

Sigo admirando su confianza absoluta en su Hijo, a pesar del rechazo inicial y de la distancia que le marca Jesús: «Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Aún no ha llegado mi hora». María pone a los sirvientes a las órdenes de Jesús.

Admiro la honda belleza de sus palabras, porque brotan de un corazón humilde, de alguien que sabe estar en su sitio y en su puesto. Ella no se pone en jarras y en actitud autoritaria, apoyada en que es madre de Jesús, sino quemanda a que hagan lo que Jesús dice. Leyendo con toda atención las palabras originales griegas del evangelio de Juan, María dice literalmente: «Lo que él os diga, eso haced». La traducción corriente en prácticamente todas las versiones dice: «Haced lo que él os diga». No es lo mismo. Hay matices sutiles que subrayar. Lo primero es la palabra de Jesús, su autoridad indiscutible. Jesús es el árbitro de la situación. Él decide. Si él lo quiere y si él habla –en caso de que quiera hablar–, los sirvientes tendrán que hacer y cumplir su palabra. María es y seguirá siendo la humilde esclava del Señor, la que cumplirá su palabra. Se pone a disposición del Señor, nunca se impone.

Entro en comunión con la belleza de su angustia, de su hondísima pena, madre de la soledad y de los dolores, madre transida por la muerte de su hijo, tan joven e inocente, crucificado por todos aquellos por quienes él vino a la tierra. Una

muerte humanamente absurda e injusta, tan sola y desnuda: la muerte de un hombre –su único hijo– abandonado de Dios y de los hombres.

Admiro su estar de pie ante el dolor: no abdica, no se viene abajo, no claudica. Es mujer fuerte en el combate de la muerte. Ahí está velando, firme y enhiesta, como un mástil de dolor junto a la cruz de su hijo. Admiro en ella toda esa reciedumbre y fortaleza interior que posee misteriosamente el corazón de una madre. Las madres se crecen en el dolor. No se derrumban como los sauces; se yerguen enhiestas como los cipreses.

Me complace su presencia –es la madre de Jesús– en medio del cenáculo, animando y consolando con su oración a toda la Iglesia, pidiendo con una oración unánime (a saber, hecha con toda el alma) para que venga pronto la promesa del Padre, la fuerza de Cristo: el Espíritu Santo.

Y canto la bondad inaudita de Jesús, porque desde la cruz, moribundo, nos dio a su propia madre como madre, a mí, a ti, a todos...

Y cada uno de nosotros debe acogerla «en su casa», admitirla como el bien máspreciado e íntimo («*eis ta hidia*»), como el tesoro valioso que Jesús nos regala tan generosa y desprendidamente. Entre ambos formamos una viva alianza de amor materno-filial, que se expresa en el cariño mutuo y la devoción recíproca: «He ahí a tu madre, he ahí a tu hijo».

La admiro porque es madre junto a su hijo Jesús. Siempre que aparece, se encuentra a su lado, con él. Así es la historia de una madre que tenía un hijo llamado Jesús. Madre para darlo a luz, primero, en su corazón; para alumbrarlo al mundo; para defenderlo y protegerlo; para verlo crecer en el silencio y en el trabajo; para escucharle de forma obediente; para obedecerle; para sufrir junto a él; para esperar su promesa.

Porque es hija del Padre, quien la hace madre, le concede participar en su poder; porque en Dios se confía, a Dios canta, en Dios se alegra, en Dios pone la esperanza de nuestra humanidad, de todos los hijos de Eva.

Porque es madre fecunda por la presencia del Espíritu Santo, que sobre ella desciende y la hace madre del Hijo;

porque con toda la comunidad cristiana reunida suplica la venida del Espíritu consolador.

5. La belleza de María en la tradición de la Iglesia

La Iglesia ha cantado la belleza de María en la liturgia, aplicándole las palabras de la Amada del cantar: «*Tota pulchra es, María*». En la segunda estrofa del «Ave Regina caelorum», se canta:

*Gaude Virgo Gloriosa
super omnes speciosa,
vale, o valde decora...*

La belleza de María no significa el adorno externo o la simple armonía corporal, sino una actitud interior, animada por la plenitud de la gracia de Dios. En esta gracia de su ser se reúnen las cualidades naturales y sobrenaturales: la santidad, la confianza, la fe, la pobreza, la pureza: «Naturalmente hay que aceptar que desde esta gracia interior también toda su figura se transforma y resplandece, aunque de su aspecto externo no sabemos nada»²⁷.

San Agustín confiesa: «Nunca vimos el rostro de la virgen María... Salvada la integridad de nuestra fe, podemos decir: Quizás tuviera éstas o aquellas facciones, pero nadie, sin naufragar en sus creencias cristianas, puede decir: Quizás Cristo haya nacido de una virgen»²⁸.

Es preciso adoptar suma cautela, aunque convenimos con San Ambrosio en que «la belleza era propia de María, pues la misma belleza del cuerpo era imagen de su alma, una figura de su bondad»²⁹.

G. Nikomedias la ha llamado con osadía, hiperbólicamente, «la más bella belleza de todas las bellezas»³⁰.

Dentro de un desbordado frenesí por querer captar el encanto de María, se ha llegado incluso a una descripción física

²⁷ H. M. Köster, *Schönheit Marias*, en *MarienLexikon* 6, Ottilien 1994, 51.

²⁸ *De Trinitate* 8,7; PL 42,952.

²⁹ *De Virginitibus* II, 2; PL 16,220.

³⁰ *In SS. Deip. Ingressum in Tem.*; PG 100, 1437.

de su figura. En el siglo XI, Cedreno se atreve a afirmar: «María era de estatura media, morena, con los cabellos rubios, ojos castaños de tamaño mediano, nariz meridiana, manos y dedos largos»³¹. Tal descripción resulta un anacronismo, que busca la intromisión de un canon de belleza preestablecido en una raza meridional.

Basta acudir a la pintura para cerciorarse de que el arte ha seguido una bifurcación de perspectivas. En Occidente ha prevalecido el aspecto realista, naturalista, y se ha insistido en la belleza física de María. Oriente, en cambio, ha acentuado la belleza honda y trascendente, mística.

San Epifanio nos la describe grande y hermosa, los ojos como olivas, los párpados arqueados, muy negros, la nariz aguileña, la boca rosa, y la piel dorada. Tal es la visión ideal de una concepción de Oriente.

La venerable madre María de Ágreda, por otra parte, dibuja a María con los cabellos negros, los ojos tirando al color verde oscuro, la nariz recta, los labios bermejos y la tez morena. Aquí se reconoce el ideal de belleza de una mujer latina; aún más, española³².

El afán irrefrenable por captar de alguna manera la hermosura de María, por reducirla a algún canon plausible, aún no ha cesado. Tal es la pretensión más reciente de J. Colomina³³. Merece toda nuestra atención y valoración, que ahora de manera muy sucinta reseñamos.

Representa un loable intento, del todo legítimo. ¡Quién puede dudar de la sinceridad que le mueve!, que arranca «del deseo de todo hijo por conocer íntimamente a su madre». El trabajo va orientado a entender su fisonomía física, psíquica y moral. Trata de presentar un cuadro aproximado o esbozo de su personalidad. El estudio no es en absoluto banal, sino concienzudo y bien argumentado. No hay nada que oponer a su metodología, que entra en diálogo respectivamente –ardua tarea que se abre en espectro multicolor– con los datos de la

³¹ *Comp. Hist.*; PG 121, 362d.

³² Pueden cotejarse estos datos en J. K. Huysmann, *Portrait de la Vierge*, París 1974, 25.

³³ «Datos para un estudio de la personalidad de María», *Estudios Marianos* XL (1981), 413-450.

teología, de la antropología femenina y, más en particular, con las aportaciones de la antropología hebrea, los rasgos psíquicos y morales, los factores exógenos de la personalidad, las dimensiones geofísicas y socioculturales palestinentes y, por fin, con un apretado arsenal de datos históricos.

El autor presenta la personalidad de María calcada en la de Jesús. Tal es el resultado final de su investigación: «María fue una mujer *histórica*, típicamente hebrea, mediterránea, alta, esbelta, fuerte, hermosa, morena, de gran fantasía e inteligencia, de tenaz voluntad, de gran sensibilidad estética, simpática y cariñosa, llena de gracia sobrenatural. Y con sentido del humor, como su hijo, que lo manifiesta en ciertos pasajes del evangelio»³⁴.

No es éste el camino correcto que nos traza el evangelio, por más que a la psicología humana le gustase recorrer y que a nuestra fantasía le encantara desbordar con la exageración que inventa el cariño.

Ya avisaba, hace unos años, G. von Le Fort: «Su imagen humana y temporal [de María] en sus particularidades psicológicas no es accesible a ningún método histórico-crítico, ni a ningún ensayo, por muy sutil e ingenioso que sea, ni a ningún amor, por profundo que sea»³⁵.

El evangelio guarda un decoroso silencio sobre la apariencia externa. ¿No nos convendría a nosotros hacer lo mismo?

Por eso, también el papa actual, Juan Pablo II, en aquel lugar donde la tradición oriental cree que vivió –y murió– la Virgen, pronunció unas palabras que nos sirven de orientación, recordando que la belleza de María no es reducible a un plano únicamente físico, naturalista; pertenece al orden de la fe y de la gracia de Dios, no mensurable con nuestras categorías y metros demasiado exiguos.

Juan Pablo II, en la tarde del viernes 30 de noviembre de 1979, celebró la eucaristía en la Casa de la Virgen en Éfeso, rodeado de una gran muchedumbre. Pronunció una homilía cuyo contenido puede resumirse con estas palabras: «María

³⁴ *Ibidem.*, 450.

³⁵ *La mujer eterna*, Madrid 1957, 21.

engendró un Hijo único; nosotros, en cambio, se lo presentamos dividido».

De la célebre homilía entresacamos unas frases selectas, que se refieren a la belleza de María:

La Virgen ha sido la primera en cruzar las aguas del pecado, a la cabeza del nuevo pueblo de Dios, liberado por Cristo..., María sigue siendo ante todos los creyentes la criatura toda pura, toda hermosa, toda santa, capaz de «ser Iglesia» como ninguna otra criatura lo será jamás aquí abajo.

Más adelante, el papa Juan Pablo II anima a los cristianos a contemplar a María como nuestro modelo de belleza: «La miramos para sacar del suyo ejemplo para construir la Iglesia»³⁶.

Esta imitación se desarrolla en el ejercicio de la fe, de la caridad animosa y operativa. La belleza de María radica en un corazón habitado por la gracia de Dios; es interior y teológica, e invita al compromiso activo del amor.

Este cuadro ofrecido por el papa queda resaltado por la voz de la poesía. Con el siguiente poema, Charles Péguy subraya la armonía que se da en María, superando en una síntesis prodigiosa las aristas de las antítesis.

A todas las criaturas falta algo.
A quienes son carnales, lo sabemos, les falta ser puras.
Pero a quienes son puras, es preciso saberlo, les falta ser carnales.
Una sola criatura es pura siendo carnal.
Por ello Santa María Virgen no es la más grande bendición
que haya caído sobre la tierra,
sino que es la más grande bendición que haya descendido
en toda la creación.
No sólo es la primera entre todas las mujeres.
No sólo es la primera entre todas las criaturas.
Es una criatura única, infinitamente única, infinitamente singular³⁷.

Interpretamos la voz o mensaje de la poesía. Se insiste en que María no ha caído del cielo; más bien, ha descendido como pura condescendencia del Creador. Es una criatura singular, pero no rara o extraña. La singularidad radica en que nadie se le asemeja.

³⁶ *Ecclesia* n° 1.962 (15 de diciembre de 1979) 15.

³⁷ Ch. Péguy, *Le porche de la deuxième vertu*, en *Oeuvres poétiques*, París 1955, 578.

En María, el encanto de la pureza convive con la certidumbre de la miseria humana, y su sed de misericordia inagotable se dirige hacia los pecadores. En este equilibrio de contrastes se mueven las grandes corrientes de la literatura universal.

6. Huellas de María diseminadas en la literatura universal

María ha cautivado desde siempre al espíritu humano. Atraídas por su esplendor, se han dado cita, sin que faltase ni una sola, las más nobles artes: literatura, pintura, escultura, música... Nosotros recogemos la mirada sobre la literatura y, dentro de ella, nos centramos en una parcela singular: la poesía.

Si la poesía es el intento de penetrar en el misterio de la belleza, María se ofrece como motivo privilegiado, es «la creatura, símbolo de toda la creación que ama y adora; creatura de carne y hueso: Mujer, Virgen, Joven como todas, Madre; y también *Alma Mater*, la Tierra fecundada por la energía divina, el alma *Mundi*, destinada a concebir al que es Inconcebible, vientre fecundo de la Vida»³⁸.

María se ha mostrado, a lo largo y ancho de la historia, como fuente inextinguible de inspiración literaria. A ella se han dirigido los poetas, tanto ayer como hoy. La mayoría de ellos, inspirados por la fe. Recordamos a Dante, Petrarca, Eliot, Claudel, Dámaso Alonso... Otros pocos, increíbles. Señalamos a Byron, Hölderlin, Sartre, Trapiello...

Ciertamente, ha ejercido un irresistible embrujo que se ha evidenciado en una galería interminable de obras de arte literaria, una polifónica música universal, con notas o versos que hablan todas las lenguas³⁹.

Pero María no representa un hermoso mito, el eterno femenino, el sublime arquetipo. No se presta para ser sólo ma-

³⁸ «Senza di loro nessuno avrebbe scoperto e compreso questa numinosa Meraviglia che è Maria» (D. M. Turoldo, *Poi l'angelo cantò la melodia*, Vicenza 1986, 6).

³⁹ Cf. F. Castelli, «Maria, ispiratrice di Letteratura»: *Civiltà Cattolica* 3555-35556 (1998) 213-226.

tería que deba ser poetizada, o pretexto de un bello texto literario, y que el sueño de los poetas ha idealizado como ser inmortal o figura egregia.

María no es el centro del cristianismo, pero sí es central. Es ante todo una figura histórica. De ella sabemos poco, pero conocemos lo esencial: «Esta mujer ha recibido el anuncio de un acontecimiento que ha cambiado el mundo y salvado a la humanidad, después de la larga preparación realizada entre los pobres de Israel, cuya experiencia culmina en ella. Al término de una honda ascesis, María es un don de Dios, nuevo como el alba que anuncia el sol sobre un horizonte nocturno»⁴⁰.

En todas las latitudes de la tierra han brotado estas flores a María, como si la historia emergiera en un multicolor mes de mayo ininterrumpido. ¿Podemos espigar algunas de esas creaciones? Habría que dilatar los ojos por los inmensos espacios. Sería preciso abarcar por medio de una contemplación panorámica los campos y las naciones. Pero la mirada se extravía por la vastedad inconmensurable.

Afortunadamente, esas polícromas flores han sido recogidas en apretadas gavillas (podemos evocarlas con preciosos vocablos: atrayentes canastillas, hermosos ramos, bellos jarrones...). Conocemos las mejores antologías nacionales. Las podemos, aun de forma breve, reseñar.

En Italia hay que señalar la obra de G. de Luca, donde se recolectan pasajes bellísimos de los más célebres autores italianos que se han prodigado con su canto a María⁴¹.

En Francia constituye una suma de arte, donde se combinan armónicamente la palabra y la pintura, la obra conjunta de Y. Jöberg y de B. Guégan⁴². Se seleccionan los más afamados poemas de autores franceses, que van desde el siglo XII hasta el XX. A los poemas le acompaña, como soporte gráfico inspirativo, una colección de 91 cuadros de pintores de talla universal.

⁴⁰ R. Laurentin, *Tutte le genti mi diranno beata. Due millenni di riflessioni cristiane*, Bolonia 1986, 7.

⁴¹ *Mater Dei*, Roma 1972.

⁴² *Le livre de la Vierge*, París 1961.

En Alemania es notable la obra de Karl-Josef Kuschell⁴³. El autor recopila en un amplio trabajo la figura de María en la literatura alemana del siglo XX. Resulta ejemplar la visión de estos poetas y novelistas, pues marca una línea semejante en cuanto al tratamiento mariológico con otras naciones y culturas.

Los poetas estudiados son Novalis y Eichendorff (siglo XIX), que ven a María como símbolo de amor eterno, de belleza supraterrrenal, de cumplimiento de los ideales de la humanidad. En el siglo XX, Stefan George y Rainer Maria Rilke desconocen el trasfondo religioso-eclesial de María, prescinden de su realidad histórica y la consideran un mito o arquetipo. Configuran una lírica mariana estetizante, tal como hace el «primer» Bertolt Brecht. El célebre novelista Günter Grass recurre a los medios estilísticos de la sátira blasfema, que fustiga una forma de piedad tradicional. Hermann Hesse la sitúa junto a Venus y a Krishna, «como símbolo del alma, alegoría de la luz viviente y redentora». Últimamente se la ha visto como figura de liberación, imagen femenina que promueve el proceso de justicia entre los pueblos maltratados y los seres desvalidos.

Los poetas han hecho solamente esto: dejar hablar a su propio corazón de hijos, que se estremece por María, su madre. Nosotros, sus testigos privilegiados, recogemos esos latidos y comprobamos su hondura y palpitación. Es lo que a continuación haremos. Nos fijamos en una parcela más próxima y conocida.

7. Poetas marianos de la España del siglo XX

Existe una serie de escritores que, por generación, maestría u otras circunstancias diversas, aparecen en la primera línea de la cultura poética española de nuestro tiempo.

Sólo algunos de ellos poseen el atractivo singular de acercarse al tema mariano. Nuestra pretensión es presentar al autor y comentar sus composiciones. ¿Una nueva antología mariana?, ¿la refundación de antiguas selecciones, actualizada para la mentalidad de hoy?

El objetivo no parece, en principio, nuevo ni original. Sin embargo, no quiere ser una versión reiterada de un pasado

⁴³ *Maria in der deutschen Literatur des 20. Jahrhunderts*, Ratisbona 1984.

glorioso. ¿Para qué repetir cuanto ha sido sobradamente tratado en diversas antologías?

Nuestro empeño se sitúa, más bien, en la estela de esa magnífica producción de antologías de poesía mariana ya publicadas. Todas ellas han sido tenidas en cuenta, estudiadas y valoradas.

Justo es ofrecer aquí, en honor de una tarea rigurosa y científica, y en aras de la debida gratitud, un elenco de las principales antologías. También, con el fin de conocer con cierta amplitud otras perspectivas y surtir con diversas ofertas al lector interesado.

Resulta ya clásica la obra *Suma poética*, seleccionada por José M^a Pemán y Miguel Herrero⁴⁴. Contiene cinco grandes ciclos: el Viejo Testamento; los evangelios y sacramentos, en especial, la eucaristía; la temática mariana; la hagiografía; la dimensión ascética y mística.

En lo relativo al «ciclo virgíneo» –así denominado por los autores–, ofrece un recorrido a través de la vida de María junto a su Hijo, formado por 85 composiciones. Representa lo más tradicional de nuestra producción lírica, pero, junto a poemas verdaderamente logrados y magníficos, muchos otros no contienen sino una calidad únicamente testimoniante –ser exponentes de una determinada época– y se mueven a ras de tierra, lastimosamente impenitentes, sin apenas conseguir levantar un digno vuelo poético.

El valor de esta obra radica en el mérito innato de toda antología: reunir material, clasificarlo y ofrecerlo como mesa bien provista a un lector entregado.

Nos hemos detenido con brevedad en esta primera obra antológica, porque evidencia una actitud que será seguida –como pauta habitual y casi obligada– por la inmensa mayoría de las producciones posteriores, genuinas obras de recolección poética.

Un libro que ha gozado de reconocido prestigio por una gran masa de lectores es *Poesía religiosa. Antología*⁴⁵. Incluye

⁴⁴ Madrid 1944. Lleva como subtítulo *Amplia colección de la poesía religiosa española*.

⁴⁵ Madrid-Barcelona 1969.

la selección, prólogo y notas de Leopoldo de Luis. Reúne una serie de 38 autores. Aunque no explícitamente «religiosos» en el sentido devocional del término, sí lo son por su densidad humana, el acento tremendamente terreno, imprecatorio y hasta «blasfemo» de sus composiciones.

Cada autor seleccionado presenta— él mismo en una confesión preliminar— la peculiar visión de su poesía religiosa. Resulta interesante comprobar la polivalencia de la expresión. Coincide la mayoría de los autores en que se es poeta religioso, más que por el tema propuesto, por la hondura y resonancia, por el vértigo y la apertura del poema a otras zonas del espíritu. La antología posee unos contornos precisos: abarca desde el año 1939 hasta 1964.

Cabe también destacar *Dios en la poesía actual (Selección de poemas españoles e hispanoamericanos)*, libro escrito por Ernestina de Champourcin⁴⁶. Esta vez, la antología se realiza atendiendo a los diversos movimientos en que se agrupan los poetas: el modernismo, la generación del 27 y la generación de la posguerra. Tan sólo se citan unos pocos poemas marianos.

De obra verdaderamente colosal, enciclopédica —lo mejor sin duda que se ha escrito sobre el tema mariano—, hay que calificar el libro del mariólogo español Laurentino M^a Herán⁴⁷. Se sale airosamente de las pautas hasta ahora seguidas. No quiere ser una antología de poesía mariana regida por los patronos que atienden a las diversas épocas cronológicas y movimientos poéticos; se presenta con la firme pretensión de ser un verdadero tratado de teología y ofrece una mariología que se explica no con la apoyatura de la revelación divina y la tradición eclesial, sino únicamente por la palabra poética.

El autor, siguiendo la recomendación del esquema conciliar, inserta a María dentro del plan salvífico de Dios. Nos muestra el misterio mariano a lo largo de once densos capítulos, con algunos de estos fértiles epígrafes: «La Purísima e Inmaculada Concepción de la Virgen María», «Paraíso de Dios y huerto cerrado», «Santa María, Madre de Dios»...

⁴⁶ Madrid 1972.

⁴⁷ *Mariología poética española*, Madrid-Toledo 1988.

Se escucha la voz de los poetas españoles antiguos y modernos más señeros. El poeta tipifica la voz genuina del pueblo creyente, puesto que la verdadera literatura brota del pueblo y al pueblo retorna renovada y enriquecida. En este mutuo influjo, la figura de María ha sido, hasta fechas recientes, una presencia constante y vivificadora.

El libro, fruto maduro de muchos años de estudio y concienzuda investigación, está dotado de un encomiable aparato científico. Representa un inagotable arsenal de poemas, a donde debe acudir quien de veras se interese por el tema de María y su evolución histórica en el pueblo de Dios.

Un libro escrito con intención de ser meditado y orado es el de Federico Delclaux, *Antología de poemas a la Virgen*⁴⁸. Son seleccionados 80 autores de todos los tiempos: desde algún anónimo remoto, Gonzalo de Berceo, primer poeta castellano, y el Arcipreste de Hita hasta los más actuales y coetáneos. Cada uno aporta su propia composición mariana. No se nos dice, sin embargo, a qué obra pertenece el poema, ni tampoco se hace alguna glosa explicativa. El libro, pequeño y sugerente, sólo pretende ofrecer el desnudo camino de la composición poética para acercarse en actitud de fe y contemplación al misterio de la Madre de Dios.

Finalmente, ha aparecido, escrito por M^a E. Soriano-P. Maicas y M^a D. de Asís, *Hombre y Dios, I. Cincuenta años de poesía española*⁴⁹.

El tratamiento ofrecido sirve de modelo a la triple producción de sus autores. El libro se abre con una iluminadora presentación y apunte histórico, que marca el contexto vital de nuestro tiempo, de donde brotan los poemas presentados. El ser humano busca abrirse, desde las raíces que lo nutren o lo ahogan («Definitivamente cantaré para el hombre», tal como reivindica el célebre verso de Blas de Otero), a Dios. Se reconocen las latentes y confesionales inquietudes de la humanidad, que atraviesa peripecias sin cuento, y que también es zarandeada por diversos «movimientos» literarios, hondas sacudidas a lo largo de nuestra historia reciente, para arribar por fin hasta Dios.

⁴⁸ Madrid 1991.

⁴⁹ Madrid 1995.

La obra ha sido escrita por profesoras de reconocido prestigio, conforme a una mentalidad moderna, que tiene en cuenta los avances imparable de la lingüística actual, y aporta un tratamiento renovado, omnicomprendivo y simbólico. Contiene seis grandes partes. En una de ellas aparece, aunque sucintamente, el tema con seis escasos poemas dedicados a María.

Posteriormente se ha editado *Hombre y Dios, II. Cien años de poesía hispanoamericana (1900-1995)*⁵⁰, que contiene dieciséis poemas a María. Y, por fin, *Hombre y Dios, III. Cien años de poesía europea. Siglo XX*⁵¹, con un apretado puñado de poemas marianos⁵².

¿No cree el lector que resulta demasiado exigua la producción poética de Europa dedicada a María durante todo un siglo? A la postre, sólo ofrece –tal es su pretensión– una apretada y selecta recolección de poemas. Únicamente, unos marcos de referencia muy genéricos. No hay comentarios iluminadores ni explicaciones para el lector interesado en el poema.

8. No una recopilación, sino un comentario al poeta y al poema mariano

Nuestro trabajo conoce todos estos libros publicados e incorpora sus válidas aportaciones, pero registra una novedad y un avance: no agrupa simplemente autores o composiciones, nos los enracima conforme al canon del dogma o los epígrafes del contenido temático. Nuestro objetivo preciso trata de revelar al lector cómo a través de la belleza del poema –que se va desglosando, desnudando con respeto y mostrando sus más vivas entrañas– se puede presentir y barruntar el misterio de la Madre.

Estudios antológicos de poesía, conforme a esta índole, creemos sinceramente que no existen.

⁵⁰ Madrid 1996.

⁵¹ Madrid 2001.

⁵² En concreto, dos sonetos de M. Hernández (No se encuentra el que nosotros más adelante comentaremos), uno de F. García Lorca, dos de G. von Le Fort, y dos de los poeta franceses Charles Péguy y Paul Verlaine.

Un poema no es una obra que crece autónoma, una creación silvestre. No está permitido separar al autor de su obra, desgajar la rama del tronco vital que la sustenta. Debajo de cada poema hay un poeta que lo escribe. En sus raíces palpita un hombre, una mujer, alguien que se siente sacudido y deja hablar su corazón tocado –en este caso– por la gracia de María.

Ya es pacífica adquisición desde hace muchos años en el mundo de la literatura y de la exégesis bíblica tener en cuenta el *Sitz im Leben* o ambiente vital en donde nacen los dichos, los relatos, las tradiciones orales, las redacciones. Sin esta debida atención a la matriz ambiental, muchas producciones literarias se quedarían sin ser entendidas, consideradas sólo como dichos erráticos o meteoritos caídos de altos cielos para nosotros ignotos.

En este libro, junto al poema seleccionado, se habla también de la vida y la obra del poeta. Ambas dimensiones constituyen el marco necesario. Se valora el poema como obra inspirada de un poeta concreto. Este poeta tiene una vida y un devenir que lo configuran, una cultura que lo forma, un movimiento literario que le condiciona. Inserto en su árbol viviente, el poema como fruto maduro queda situado y puede ser contemplado, aprehendido y saboreado.

Por fin, armados con los recursos modernos de la literatura y de la ciencia teológico-bíblica, se interpreta el poema, se pretende hacer un verdadero comentario de texto. Aquí reside la aportación original de este libro. Evidencia cómo, a través de los vericuetos mágicos de la palabra poética, el lector puede acceder al misterio de la belleza de María.

Cada estudio realiza un análisis minucioso del poema dedicado a María y tiene en cuenta la obra orgánica del poeta y el mundo cultural en donde vive. En el desempeño de esta tarea, el libro se muestra fiel y consecuente, mas no ofrece un esquema rígido aplicable a cada uno de los poetas y poemas comentados. El tratamiento no pretende ser una moderna versión del mito de Pocustro: no puede someter por la fuerza a cada uno de los poetas al mismo e inflexible denominador común «cueste lo que cueste». Eso, además de resultar una tarea tediosa e insufrible para el lector, sería injuria para la originalidad del poeta. El libro quiere ser respetuoso

con cada uno de los poetas seleccionados. Pero cada poeta obliga a establecer su propia estrategia y su peculiar comentario.

Para confeccionar el elenco poemático nos hemos valido sobre todo, aparte de la lectura de las obras reseñadas, del contacto directo (correspondencia epistolar, entrevistas con los propios autores, profesores...), logrando que poetas recientes, hasta ahora inéditos en las antologías, en compañía de otras voces consagradas, se incorporen a este remozado coro –espigadas las mejores muestras de nuestra historia coetánea más reciente– que al unísono entona las alabanzas a María.

Mas una antología supone una determinada elección y también –ya se sabe, aunque se sufre– una necesaria acción de desechar y desestimar otras posibilidades, relegándolas a un segundo plano, aunque no al olvido.

Queremos pensar que los poetas y poemas seleccionados reflejan un espectro, si no exhaustivo, sí al menos bastante completo en el panorama de la producción literaria del siglo XX. Se recogen los nombres más insignes y representativos. Debe añadirse que un sincero interés por la ecuanimidad y un respeto por la dignidad poética –no se hace en ningún momento obra de escuela ni de favoritismo– constituyen la pauta que ha marcado nuestro empeño y trabajo.

Se renuncia a poner epígrafes y amplios rótulos para agrupar movimientos o tendencias, pues todo poeta genuino, por su compleja singularidad, los rompe y desborda al instante. Convenimos en que cada poeta se enlaza con su pasado más reciente y escribe su obra proyectándose hacia el futuro inmediato. ¿Dónde poner los límites? Se ha creído más oportuno situar a cada autor según su fiel cronología, atendiendo a su fecha de nacimiento⁵³.

Pero ya se ha dicho –y de sobra reiterado– que cada poema se estudia por sí mismo y teniendo muy en cuenta al poeta que lo redacta. Y que éste es incorporado vitalmente a su mundo y ambiente cultural.

⁵³ ¿Dónde ubicar, por ejemplo, a Juan Ramón Jiménez, que ha transitado todos los estilos? ¿Dónde colocar a Miguel Hernández: con la generación del 27, el que ha sido llamado el «feliz epígono del 27», o en el apartado de la poesía de la posguerra, pues justo es reconocer que escribió la parte última de su obra en la cárcel?

He aquí, en fin, el elenco de los poetas marianos seleccionados: Manuel Machado, Juan Ramón Jiménez, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Miguel Hernández, Leopoldo Panero, Luis Rosales, José Luis Martín Descalzo, Pedro Casaldáliga, Miguel d'Ors, Andrés Trapiello, Rafael Alfaro, Francisco Contreras.